

## **CRISTIANISMO, RAZÓN PÚBLICA Y “GUERRA CULTURAL”**

Francisco J. Contreras  
Catedrático de Filosofía del Derecho  
Universidad de Sevilla

*(Texto reproducido de Investigalog:*

*<http://www.investigalog.com/otros/cristianismo-razon-publica-y-guerra-cultural/>*

*El artículo fue también publicado en la revista Persona y Derecho, núm. 62, 2010, del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Navarra)*

Con frecuencia creciente, la Iglesia católica se encuentra en el epicentro de la actualidad mediática. La imagen de la Iglesia que ofrece gran parte de la prensa occidental no podría ser más tenebrosa[1]: siniestra caterva de abusadores sexuales (y encubridores del abuso), enemiga de la ciencia, la modernidad y los derechos humanos, aferrada a una mentalidad inquisitorial, cómplice de la extensión del SIDA en África... Por ejemplo, en diciembre de 2009 la prensa española puso en nuestro conocimiento que el arzobispo de Granada “justifica que el varón abuse de la mujer si ella ha abortado”[2] (formidable desfiguración de la homilía de monseñor Martínez, que había advertido -¡lamentándolo!- que la nueva regulación del aborto facilitará que los varones “abusen” de las mujeres tratándolas como meros objetos de disfrute sexual, y empujándolas después a abortar si de esas relaciones efímeras resultan embarazos)[3] ... Sólo unos meses atrás, las declaraciones Benedicto XVI acerca de los preservativos y el SIDA suscitaron una tormenta de indignación: sobre el Papa cayeron desde reprobaciones parlamentarias hasta acusaciones de genocidio (de nada sirve explicar que la ética sexual católica es la única en ofrecer una protección infalible frente al contagio; recordar que, de hecho, las organizaciones sanitarias internacionales han avalado implícitamente la postura católica al reconocer el éxito de la estrategia ABC [basada en la promoción de la abstinencia premarital y la fidelidad conyugal, además de en la distribución de profilácticos] en Uganda [el único país africano que ha conseguido un descenso espectacular del porcentaje de población infectada]) ...

La prensa, por supuesto, siempre ha exhibido un sesgo ideológico en el tratamiento de las palabras de los personajes públicos. Sin embargo, es evidente que la descontextualización malintencionada, la caricaturización, la manipulación, alcanzan cotas sin parangón cuando se trata de representantes de la Iglesia. Cuando hay monseñores por medio, cualquier criterio de ética periodística es abandonado, llegándose a la completa inversión del sentido de las declaraciones.

El interrogante de partida del presente trabajo sería: ¿qué puede explicar una malquerencia tan desahogada? ¿Cómo interpretar la creciente cristofobia del establishment cultural europeo? ¿A qué obedece el resurgir de un anticlericalismo virulento que parecía superado desde hace décadas? El desprecio absoluto de la objetividad que caracteriza al tratamiento mediático de las noticias eclesiológicas es sólo comparable a las manipulaciones de la propaganda de guerra. ¿Cómo ha llegado la Iglesia a convertirse en “objetivo bélico”?

## l) La “guerra civil occidental”

Samuel P. Huntington puso de moda hace 13 años la idea del choque de civilizaciones[4]: lejos de converger hacia un “fin de la Historia” ecuménico y post-identitario, las diversas civilizaciones (islámica, china, hindú, etc.) están, más bien, afirmándose en sus respectivas identidades y hechos diferenciales, lo cual augura relaciones conflictivas entre ellas, y de todas ellas con Occidente. La teoría ganó rápidamente adeptos –de manera comprensible- tras el 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, es mucho menos conocida una variante de la teoría anterior, que me gustaría traer aquí a colación: la idea de la “guerra civil occidental” (entiéndase “guerra” en el sentido débil que le atribuyó Martín Alonso: escisión cultural interna)[5]. El conflicto de civilizaciones ... atraviesa a Occidente mismo, partiéndolo en dos (por cierto, este choque de civilizaciones *interior* influye en alguna medida en el *clash of civilizations* exterior: la creciente agresividad de los fundamentalistas islámicos hacia Occidente se debe al hecho de que intuyen esa división o debilidad; difícilmente se hubieran atrevido contra un Occidente creyente en sí mismo, sólidamente aferrado a unos valores claros; se atreven, en cambio, contra un Occidente que perciben como dividido, decadente, autonegador). Quien no se respeta a sí mismo no inspira respeto.

Resulta muy interesante la observación de Mark Steyn: “Este choque de civilizaciones opone a dos extremos: de un lado, una sociedad que tiene todo lo que supuestamente se necesita para ganar una guerra: riqueza, ejércitos, industria, tecnología...; del otro, un mundo que no tiene otra cosa que pura ideología y abundancia de creyentes. [...] El objetivamente más débil puede ganar, si se enfrenta a un derrotista. Una buena parte de la civilización occidental, conscientemente o no, transmite la impresión de estar deseando rendirse a alguien, a quien sea. Comprensiblemente, los yihadistas se preguntan: “eh, ¿por qué no a nosotros?”[6].

La “guerra civilizacional” interna incide en la externa también de esta forma: en la medida en que los “progresistas” van imprimiendo a Occidente una identidad cada vez más materialista y atea, aumenta la intensidad del choque cultural con las civilizaciones no occidentales, que siguen siendo profundamente religiosas. Los integristas islámicos, por ejemplo, odian a Occidente no tanto porque es cristiano como porque es *postcristiano*[7] *pronosticada por los pensadores de la sospecha (Marx, Freud, Nietzsche) y los teóricos de la secularización (Weber, Durkheim, Cox)- parece hoy más improbable que nunca: el mundo es ahora más religioso que hace 30 años*[9][10]. *El mismo Jürgen Habermas ha reconocido que el secularismo europeo ya no aparece como la regla (a la que irán aproximándose las demás sociedades a medida que se modernicen), sino más bien como la excepción: “Europa se aísla del resto del mundo. En perspectiva histórico-mundial, el “racionalismo occidental” de Max Weber aparece ahora como la auténtica anomalía. [...] La autoimagen occidental sufre así una cura de humildad: de modelo normal para el futuro de todas las demás culturas, pasa a convertirse en un caso especial”*[11]. *La única excepción es Europa, donde la descristianización prosigue imparable (no así EEUU, donde las tasas de práctica religiosa son casi las mismas que hace 50 años). Europa es una anomalía en el panorama espiritual mundial: “Echad una mirada al mundo, y la excepción no es, desde luego, la Norteamérica actual [religiosa], sino la Europa [secularizada] que surgió tras la Segunda Guerra Mundial”.* Benedicto XVI lo ha formulado agudamente: “Si se llega a un enfrentamiento de culturas, no será por un choque entre grandes religiones [...], sino por el conflicto entre esa emancipación radical del hombre [eliminación de referencias trascendentes] y las grandes culturas históricas”[8]. John Micklethwait y Adrian Wooldridge documentan cómo la muerte de la religión -más o menos explícitamente

Merece reflexión la observación de Jean Sévillia: “¿Qué modelo ofrecemos a los jóvenes [musulmanes] inmigrantes? ¿Cómo puede inspirar respeto una nación que ya no se ama a sí misma, que ya no tiene niños [...]? Si Francia y Occidente no presentaran el espectáculo de una

sociedad cuyas referencias colectivas se disuelven y en la que lo espiritual parece ausente, tendríamos menos motivos para temer a un Islam expansivo”[12].

El choque de civilizaciones intraoccidental opondría –como ha señalado Robert P. George- a los “conservadores” que todavía se identifican con la tradición cultural y moral judeo-cristiana (incluso si algunos de ellos no comparten la fe) con los “progresistas” que consideran dicha tradición periclitada y se adhieren más bien a la *Weltanschauung* (relativista, hedonista, liberacionista, post-religiosa) característica de la “izquierda postmoderna” o “izquierda sesentayochista”. El campo de batalla entre uno y otro bando viene dado, fundamentalmente, por las polémicas actuales en torno a: 1) la bioética: aborto, eutanasia, ingeniería genética, células madre, etc.; 2) la ética sexual y el modelo de familia: permisividad sexual, divorcio exprés, matrimonio gay, “vientres de alquiler”, etc.; 3) el lugar de la religión en la vida pública.

El escenario antedicho tornaría inteligible la creciente cristofobia de la mayor parte de los medios de comunicación y la intelectualidad europeos[13]. La Iglesia se ha visto atrapada por el fuego cruzado de la “guerra civil occidental”: lo quiera o no, es percibida como símbolo y baluarte de uno de los bandos en conflicto. Da igual que razone, que argumente, que presente sus tesis con el máximo posible de matices y cautelas: en la medida en que sea fiel a su tradición e insista en principios como la sacralidad de la vida desde la concepción a la muerte natural o el rechazo de las relaciones sexuales no matrimoniales, atraerá inevitablemente sobre sí las iras del bando progresista (que es el que posee hoy por hoy la hegemonía cultural). Incluso si la Iglesia renunciara a presentar batalla en asuntos como el aborto o el matrimonio gay, no por ello dejaría de ser hostigada por la cultura dominante: su mera existencia como “metarrelato”, como visión del mundo *densa* que maneja aún un concepto *fuerte* de verdad objetiva, resulta intolerable en una atmósfera intelectual presidida por el pensamiento débil, por la deconstrucción postmoderna, por la “dictadura del relativismo” y la convicción de que la creencia en absolutos es sinónimo de fundamentalismo[14] e intolerancia.

El europeo postmoderno asocia sin más “creencia en verdades objetivas, absolutos, etc.” con “intolerancia” (“las convicciones sobre la verdad absoluta son esencialmente violentas”, ha escrito Herbert Schnädelbach). Da por supuesto que si alguien cree firmemente en algo, se sentirá obligado a imponerlo coactivamente a los demás. Romper esa falsa ecuación me parece una de las tareas culturales más urgentes del momento actual. Escribe al respecto Robert Spaemann: “[L]a Iglesia ha comprendido la verdad que le ha sido confiada como algo en cuya esencia está el que sólo puede abrazarse mediante la libre adhesión, por lo cual su anuncio no debe hacer peligrar la paz pública. Mas esto no obsta en nada el carácter absoluto que invoca para sí este anuncio. Hoy como ayer, la Iglesia sólo puede ver en el relativismo religioso un oponente enfrentado a su pretensión”[15].

Mi tesis, pues, es que la divisoria *conservadores vs. progresistas* va a convertirse en el eje de referencia más significativo, la polaridad social más trascendente en las décadas que vienen. Es una nueva polaridad que desplaza a otras cada vez menos relevantes, como la clase social (“burgueses vs. proletarios”), el sexo o la raza; desplaza también a la vieja antítesis ideológica derecha-izquierda, centrada en el modo de producción (capitalismo vs. socialismo: una disyuntiva resuelta por la historia del siglo XX, que entregó la victoria indiscutible al sistema de mercado; casi nadie defiende hoy ya la abolición del capitalismo). Sociólogos y filósofos como Peter L. Berger[16], James Davison Hunter[17], George Weigel[18] o Gertrude Himmelfarb[19] han documentado y teorizado el fenómeno, especialmente en lo que se refiere a la sociedad norteamericana. Gertrude Himmelfarb ha escrito: hoy día, “una familia obrera que asiste a la iglesia tiene más en común con una familia burguesa que asiste a la iglesia, que con una familia obrera que no lo hace; o bien: una familia negra biparental (padre y madre casados entre sí) tiene más en común con una familia blanca biparental que con una familia negra monoparental”[20]. Es decir, la religiosidad y la fidelidad al modelo familiar tradicional se convierten en “marcadores” sociales más significativos que el nivel de ingresos o la raza[21].

Las fuerzas de esos dos bandos ideológicos –añade Himmelfarb- no están equilibradas: la cosmovisión progresista ejerce una evidente hegemonía en los medios de comunicación, en las universidades, en el cine y la literatura, en las escuelas, hasta el punto de merecer la calificación de “cultura dominante”. La contracultura liberacionista de los 60 ha pasado a convertirse en la ortodoxia, en la doctrina oficial del *establishment* bienpensante y políticamente correcto. Pero esa contracultura devenida en cultura oficial se ve contestada (cada vez más enérgica y articuladamente, al menos en EEUU) por una “cultura disidente” de signo conservador (“revolución conservadora”, “contra-contracultura”, etc.). Ser conservador - defender la vida del no nacido, la familia tradicional y la religión, cuestionar la permisividad sexual, etc.- es hoy día la expresión máxima de la transgresión y la heterodoxia.

El dominio del paradigma progresista tiene lugar, no tanto en el terreno de los *hechos*, como en el del *imaginario social* y las ideas públicamente aceptables. No es tanto que ya nadie se case, tenga hijos, vaya a misa u observe una actitud sexual morigerada, como que los que viven con arreglo a valores tradicionales lo hacen de manera casi vergonzante, con complejo de inferioridad cultural, sin ser capaces –en muchos casos- de defender articuladamente los principios que subyacen a esa forma de vida ... Muchas personas en la sociedad actual llevan una *vida* objetivamente “tradicional” (son esposos fieles, amantes padres de familia, etc.), pero no tienen un *discurso* conservador: se adhieren a las teorías (progresistas) dominantes: afirman que “cualquier conducta sexual entre adultos libremente consintientes” es admisible, que las parejas de hecho o las homosexuales deben recibir el mismo tratamiento legal que las casadas, etc. Se da un curioso y revelador divorcio entre la praxis (conservadora) y la teoría (progresista). El problema de este conservadurismo vergonzante o inconsciente de sí mismo es que, como ha indicado Himmelfarb, no resulta sostenible a largo plazo: el propio sujeto se verá tentado tarde o temprano por una praxis más “liberal” (una aventura adúltera, por ejemplo), y no tendrá principios a los que aferrarse; o bien, aunque persista él mismo –digamos “inercialmente”- en el estilo de vida tradicional, será incapaz de recomendar éste a sus hijos (si el sujeto abomina teóricamente de los principios que de hecho practica, no será capaz de transmitirlos o explicarlos).

Himmelfarb describe al bando conservador como la “cultura disidente”: los conservadores tienen una conciencia clara de ser la resistencia cultural, de no constituir ya la mayoría social; esta sensación de disidencia o “persecución” ha obligado al conservadurismo americano a dotarse de un cuerpo teórico consistente y autoconsciente[22]. El aborto, la permisividad sexual, la eutanasia, la defensa de la libertad de las escuelas (canalizada a menudo a través de la reivindicación del cheque escolar), la enseñanza de la religión, el derecho de los cristianos y judíos a defender opiniones políticas condicionadas por sus creencias, son algunos de los temas clásicos en los que la “contra-contracultura” conservadora entra en conflicto con el paradigma progresista dominante. Cada uno de esos temas ha generado una sub-rama conservadora específica: así, un movimiento pro-vida muy potente (mucho más que el europeo)[23]; multitud de asociaciones y movimientos defensores de la familia y los *family values* (Focus on the Family, Heritage Foundation, etc.); un resurgir pujante de las escuelas católicas, protestantes y judías; movimientos y asociaciones específicamente dedicados a la promoción de la castidad juvenil (Purity Ring, Promise Keepers, etc.); un retorno a la práctica religiosa tradicional en parte de la juventud[24]; un retorno de segmentos importantes de la sociedad americana a criterios de ética sexual más puritanos; un rechazo consciente a los medios de comunicación dominantes, considerados portavoces de la cultura progresista (movimiento de las *TV-free homes*: familias que deciden vivir sin televisor); incluso un movimiento de objeción de conciencia global al sistema educativo público, inculcador de valores progresistas (*home-schooling*: familias que optan por educar a sus hijos en casa; con resultados académicos espectaculares, por cierto)[25] ... Mi impresión es que este despertar conservador en EEUU –que tiene ya varias décadas de antigüedad- empieza a llegar tímidamente a Europa: en España se ha producido un evidente resurgir del movimiento pro-

vida en los últimos dos años; una inesperada movilización frente al adoctrinamiento progresista en las escuelas (impugnación de la Educación para la Ciudadanía, manifestaciones contra la LOE) y, más genéricamente, la emergencia de un sector de opinión conscientemente conservador que ha osado manifestarse varias veces por la familia, por la vida del no nacido, etc.

Las iglesias juegan un papel fundamental en la “cultura disidente”: así es en EEUU, y así va a ser también –conjeturo- cada vez más en España. Se dan, sin embargo, algunas diferencias significativas. De un lado, EEUU es un país mucho más religioso que el nuestro, con una tasa de población practicante próxima al 50% (en tanto que en España se sitúa apenas en el 15%). De otro, el panorama religioso norteamericano es mucho más *plural*, con multitud de denominaciones protestantes, una potente Iglesia católica, sinagogas de diversas tendencias, etc. Las guerras culturales norteamericanas han generado un interesante fenómeno de *acercamiento ecuménico*: católicos, protestantes conservadores y judíos ortodoxos se descubren compartiendo trincheras (por la vida del no nacido o por el matrimonio tradicional), y toman conciencia de que sus diferencias recíprocas son triviales, comparadas con el foso que les separa del paradigma hedonista-secularista[26]. Cabe hablar de una “unidad de acción” transconfesional en algunos de estos combates[27].

Pero, de otra parte, no cabe ignorar que el frente de la “guerra civil occidental” a veces pasa también *a través de* las propias confesiones, cortándolas en dos[28]. Numerosas iglesias protestantes –los episcopalianos, por ejemplo- han claudicado frente a la cultura dominante en asuntos como el aborto o la licitud moral de la práctica homosexual; y la Iglesia católica norteamericana tiene su propio sector disidente (recordemos a teólogos como Charles Curran o Robert Drinan, por no hablar de prominentes seglares que reniegan del magisterio de la Iglesia en asuntos nodales como el aborto: políticos como Nancy Pelosi, Joseph Biden, John Kerry, Ted Kennedy, etc.). Interesa saber que las iglesias que se han rendido a las modas culturales –las más “progresistas”- se están quedando rápidamente sin fieles[29]; en tanto que las que se mantienen firmes en la doctrina tradicional experimentan un auge notable, especialmente entre los jóvenes[30].

## II) Evolución de la izquierda: del socialismo al sesentayochismo

La “guerra civil occidental” se ve agudizada y condicionada por un factor que es esencial señalar: la izquierda política, que fracasó a lo largo del siglo XX en sus aspiraciones clásicas (socialización de los medios de producción, sustitución del capitalismo por el socialismo), está experimentando en el XXI una mutación decisiva que la lleva a sustituir la revolución socio-económica por la revolución sexual, familiar y moral. Las diferencias entre derecha e izquierda –en lo que se refiere al modo de producción- han llegado a ser superficiales: la derecha confía algo más en el mercado y la libre empresa, la izquierda defiende una mayor intervención estatal; pero la izquierda ha dejado de cuestionar el marco capitalista global, y las diferencias prácticas entre la gestión económica de un partido de derechas y uno de izquierdas son a veces apenas discernibles (la derecha tiende a bajar los impuestos, lo cual suele reactivar el crecimiento y crear puestos de trabajo, en tanto que la izquierda tiende a incrementar el gasto público y la presión fiscal, lo cual suele ralentizar el crecimiento y generar desempleo: pero todo, digamos, “dentro de un orden”). Privada, pues, de su proyecto clásico, la izquierda ha tenido que buscar uno nuevo, y lo ha encontrado en el magma ideológico liberacionista y freudomarxista al que propongo llamar *sesentayochismo*: ideología de género, permisividad sexual, aborto libre, cuestionamiento de la “familia tradicional”, hostilidad al cristianismo, pacifismo radical (“buenismo”), multiculturalismo “asimétrico” (es decir, idealización

sistemática de las culturas no occidentales y denigración de la occidental), ecologismo “profundo” (*deep ecology*), anti-industrial y antihumanista ...

“[L]a contracultura [sesentayochista] ha sustituido casi totalmente al socialismo como base del pensamiento político radical. [...] [S]e ha convertido en una ideología total [...] cuyo enemigo es más la estructura mental [tradicional] que la estructura económica” (Jesús Trillo)[31][32].. Robert P. George, por su parte, distingue dos elementos en la izquierda actual: la componente social-demócrata clásica [*Rooseveltian strand*] (Estado asistencial-redistributivo: sanidad y educación públicas, intervencionismo económico, etc.) y la componente sesentayochista [*personal liberationist strand*] ... cuya importancia tiende a crecer: “Lo que distingue al liberacionismo personal es su rechazo de las normas morales tradicionales relativas a la anticoncepción, el aborto, el divorcio, la pornografía, el suicidio asistido y, en algunos casos, la prostitución y el uso de drogas. Además, se oponen a las leyes que exigen autorización paterna –o, al menos, notificación a los padres- de los abortos realizados a menores de edad [...]. Defienden una educación sexual “libre de valores” en las escuelas, así como la distribución en ellas de píldoras anticonceptivas, preservativos, etc., de nuevo sin autorización o notificación paterna. En los últimos tiempos, han hecho bandera del reconocimiento legal de los “matrimonios” entre personas del mismo sexo”

Interesa poner de manifiesto la miopía de la derecha política –al menos, en España- frente a esta evidente mutación sesentayochista de la izquierda. Los partidos de derecha insisten en calificar de “cortinas de humo” (lanzadas por la izquierda para distraer la atención de “lo que realmente importa”) medidas como la legalización del matrimonio gay, la ampliación del aborto, la implantación de la Educación para la Ciudadanía o los crecientes ataques dialécticos a la Iglesia. La derecha política sigue operando con el viejo paradigma: el del siglo XX, cuando las diferencias entre derecha e izquierda guardaban relación sobre todo con la forma de organizar el sistema productivo. La derecha no ha entendido todavía que el centro de gravedad de la pugna ideológica ya no pasa por la economía sino por la cultura: las diferencias y relaciones hombre-mujer, los “derechos reproductivos”, el modelo de familia, el principio y el fin de la vida, el papel social de la religión ... No lo ha entendido ... o simula no entenderlo para no tener que tomar postura (para no tener que desarrollar un *corpus* teórico sistemático que incluya posiciones propias y claras en todos esos temas).

Juan Carlos Girauta critica “su tendencia [la de la derecha española], que en muchas ocasiones parece invencible, a dejarse arrastrar al espacio simbólico del adversario, aceptando tontamente las trampas de un sistema de conceptos trucados y de sobreentendidos en el que sólo pueden perder. Con el que sólo pueden coexistir con la cabeza gacha”[33]. En un sentido similar, Juan Manuel de Prada: “La derecha [española] es camastrona y posibilista; ha aceptado servilmente que debe desenvolverse en un medio adverso en el que las reglas del juego, los paradigmas culturales y en definitiva la visión del mundo los determina la izquierda [...]”. “Tal vez así se puedan ganar unas elecciones de vez en cuando; pero mientras la derecha no presente una alternativa cultural en toda regla que disuelva la roña progre acumulada, tendrá que seguir batallando en territorio adverso. Y esa alternativa sólo la podrá presentar cuando se sacuda el complejito y se atreva a atacar desde los cimientos el canon cultural establecido desde la izquierda”[34].

En la medida en que la izquierda se sesentayochiza cada vez más, cabría hablar de un triunfo póstumo de los profetas de 1968: Wilhelm Reich, Herbert Marcuse, Alfred Kinsey ... El caso de Reich es especialmente ilustrativo; fue el gran teórico de la revolución sexual: sostuvo que la represión sexual era el mecanismo esencial sobre el que asentaba el orden burgués; abogó por la superación de los tabúes e inhibiciones sexuales como táctica revolucionaria por excelencia: una sociedad sexualmente liberada sería también, inevitablemente, una sociedad libre de la dominación de clase. La liberación libidinal requería, desde luego, la abolición de la familia (estructura represiva por antonomasia, inculcadora del “carácter autoritario”), el aborto libre

(esencial para que la mujer pudiera disfrutar de su sexualidad sin miedo a embarazos indeseados), etc.[35]

Además de reichiano-“orgásmica”, la postizquierda del siglo XXI se revela también cada vez más *gramsciana*: Antonio Gramsci, en efecto, teorizó ya en los años 30 la necesidad de que la izquierda conquistase la hegemonía cultural (“guerra de posición”) antes de intentar el asalto al Estado y a las relaciones de producción (“guerra de maniobra”); la revolución de las costumbres, de las creencias, de los códigos morales, debía preceder y facilitar a la revolución político-económica. Dicha tarea incumbía a los “intelectuales orgánicos” de la izquierda, que debían trabajar coordinadamente para ganarse el imaginario social, sustituyendo la visión del mundo tradicional por la marxista. El rival natural de los intelectuales orgánicos gramscianos era –asegura el propio autor de los *Cuadernos de la cárcel*- ... la Iglesia. La izquierda debe centrarse especialmente en combatir las creencias religiosas[36].

Ahora bien, tanto Reich como Gramsci fueron figuras de segundo orden en la izquierda clásica; especialmente Reich consiguió escandalizar a los propios socialistas y comunistas: fue sucesivamente expulsado de la URSS (1929), del Partido Social-Demócrata Alemán (1930) y del Partido Comunista Alemán (1934) ... ¡bajo la acusación de “pretender convertir el partido en un burdel”!) [37]. El hecho de que esta reacción nos sorprenda actualmente (¿cabría imaginar hoy que alguien fuera expulsado de un partido de izquierdas por defender posiciones demasiado avanzadas de moral sexual?) demuestra hasta qué punto difiere la postizquierda sesentayochista de la izquierda socialista clásica.

Resulta interesante constatar la divergencia de las trayectorias teóricas y morales de dos intelectuales neomarxistas –Herbert Marcuse y Max Horkheimer- compañeros de la Escuela de Francfort. Mientras Marcuse se convertía en uno de los profetas de la contracultura sesentayochista[38], Horkheimer, en una evolución postrera muy interesante, se abría en los últimos años de su vida a una teología cauta y minimalista y, en relación al tema que aquí tratamos, se pronunciaba inequívocamente en contra de la revolución sexual, advirtiendo que conllevaría el fin del amor erótico: “El amor hunde sus raíces en el anhelo, el anhelo de la persona amada. [...] Si se elimina el tabú de lo sexual, cae la barrera que produce constantemente el anhelo; a partir de ahí, el amor pierde su base. [...] La píldora anticonceptiva convierte a Romeo y Julieta en una pieza de museo. Déjenmelo decir de una forma drástica: hoy Julieta diría a su amado Romeo que la dejara ir rápidamente a por la píldora, y que enseguida volvería a él” [39] (

En Reich, en Marcuse, en Gramsci, el ataque a la moral tradicional aún aparecía como *un medio* al servicio del fin supremo de la revolución socialista (así, en aquella famosa pintada de Mayo del 68: “¡cuánto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución!; ¡cuánto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor!”)[40]. En la izquierda postmoderna, que ya no cree en la revolución socialista, la subversión de la moral y las costumbres tradicionales (sobre todo, en el terreno sexual y familiar) ha pasado a convertirse en *un fin en sí mismo*, el único fin que presta sentido a la izquierda, el nuevo frente al que ésta ha transferido su tradicional impulso transformador.

En 1968 todavía estaba vivo el “gran relato” marxista (al menos, en las universidades, en las librerías y en los tanques del Pacto de Varsovia), y cabía intentar convencerse de que el sexo era un arma subversiva y de que, “al hacer el amor, se hace la revolución”. Pero transcurrieron los años, la década de los 70 mostró la insostenibilidad del modelo socialdemócrata de postguerra (amplio sector público, nacionalizaciones, estatalización de la sanidad y la enseñanza ...): la izquierda *moderada* se quedó sin referencia socio-económica (la “era de Friedman” sucedió a la “era de Keynes”)[41]. En los 80 se hundieron los regímenes del bloque soviético: ahora es la izquierda *radical* la que se queda sin modelo socio-económico. A partir de los 90, por tanto, están puestas las condiciones para la definitiva sesentayochización de la

izquierda; la izquierda ya no necesita recurrir a excusas anticapitalistas para defender la libertad sexual irrestricta; ésta pasa a convertirse, más bien, en lo esencial, la verdadera meta, el valor supremo.

El “mundo feliz” panlibidinal es la nueva utopía de la izquierda, como agudamente ha indicado Eugenia Rocella: “[U]na y verdadera y propia utopía, porque se basa en la idea de que los seres humanos pueden encontrar la felicidad en la realización de los propios deseos sexuales, sin límites morales, biológicos, sociales o relacionales ligados a la procreación. Una utopía que tiene sus raíces en la revolución sexual occidental de los años 60, y que sin embargo sigue indiscutida, aunque no parece haber cumplido sus promesas”[42]. Janne Haaland-Matlary, por su parte, ha protestado también contra la pansexualización: “Esta época está “sexualizada” hasta tal punto que se priva a los niños de la inocencia introduciéndoles demasiado pronto en la sexualidad, y los adultos son casi “anormales” si siguen casados con la misma persona durante toda la vida [...]”[43].

La aceptabilidad moral de cualesquiera relaciones sexuales entre adultos libremente consintientes (y el umbral de la “edad del consentimiento” tiende a rebajarse constantemente: la reforma del Código Penal la dejó en 1995 en los 13 años, para el caso español) es la verdadera piedra angular, el dogma intocable del nuevo progresismo: ¡sea anatema cualquier objeción contra él!. Casi todas las reivindicaciones características de la nueva izquierda sesentayochista son relacionables lógicamente con las exigencias de la libertad sexual. Es evidente en el caso del aborto: no es casual que el movimiento pro-aborto cobre fuerza en todo Occidente en los 70, en la estela de la revolución sexual de los 60. Una sociedad sexualmente liberada necesita inexcusablemente el aborto libre como red de seguridad contraceptiva, para el caso de que fallen los anticonceptivos, o a uno se le olvide utilizarlos[44] (en España, han llegado a reconocerlo explícitamente altos dirigentes socialistas)[45]. Lo mismo cabe decir de los “nuevos modelos de familia”: la normalización de las relaciones homosexuales supone la extensión de la libertad sexual a un sector de población hasta entonces excluida de ella; las familias monoparentales, recompuestas, etc., son en realidad fragmentos de familias “tradicionales” ... rotas la mayoría de las veces por un deseo de mayor libertad sexual (o un uso adúltero de la misma) por parte de alguno de los cónyuges; las parejas de hecho (reconocidas y promovidas por la izquierda sesentayochista) representan, en definitiva, la posibilidad de disfrutar del sexo sin atarse mediante compromisos vitalicios ... Incluso la hostilidad manifiesta hacia el catolicismo resulta explicable –en mi opinión- desde esa perspectiva: la Iglesia exaspera a la izquierda sesentayochista porque se niega a reconocer la licitud moral de las relaciones sexuales no matrimoniales[46] (y, *a fortiori*, sus consecuencias lógicas: aborto, reconocimiento legal de la cohabitación extraconyugal o de las parejas homosexuales, etc.). La virulencia de la reacción progresista a las palabras del Papa sobre el preservativo en Africa cobra sentido bajo esa luz: las declaraciones del Papa (no se puede vencer al SIDA sólo a base de profilácticos) se corresponden exactamente con lo testimoniado por los hechos (los países africanos que siguen apostando por “preservativos sólo” ven crecer la pandemia; los Estados [especialmente Uganda] que han puesto en práctica campañas de educación pública pro-castidad y pro-fidelidad, han conseguido reducir fuertemente su incidencia). Nuestros progresistas no reaccionan tan violentamente contra el Papa porque piensen que desconoce los hechos ... sino, al contrario, porque saben que los hechos le dan la razón. Pero resultan ser hechos *inacceptables* para la mentalidad sesentayochista: hechos que ponen en cuestión el dogma de la libertad sexual ilimitada, que está *en el centro* de su visión del mundo.

René Rémond explica cómo, en un debate televisivo en el que el obispo auxiliar de París se sometía a preguntas de los jóvenes, éstas resultaron referirse en su totalidad a cuestiones como la licitud del preservativo o de las relaciones prematrimoniales. Rémond lamenta este empobrecimiento del debate, esta focalización obsesiva sobre asuntos de moral sexual (él



esperaba preguntas sobre el sentido de la vida, la existencia de Dios, la veracidad de la Revelación ...)[47]. En otro tiempo, las polémicas de la Iglesia con la cultura increyente –por ejemplo, con los Harnack, Strauss o Renan durante el siglo XIX- versaron sobre cuestiones mucho más centrales: la credibilidad histórica del relato evangélico, la admisibilidad del concepto mismo de Dios, el problema de la teodicea ... Pero esta trivialización del debate (que ya no trata sobre lo esencial de la fe [la teología, la cristología, la exégesis bíblica, etc.], sino sobre lo periférico [la moral sexual]) revela, precisamente, el extravío de una sociedad sexo-céntrica, en la que se atribuye al placer erótico una importancia desmesurada. *Nulla salus nisi coitus*.

### III) Feminismo, neofeminismo, ideología de género

Mi hipótesis, pues, es que el liberacionismo pansexualista es el verdadero motor motivacional de la nueva izquierda (cabría discernir también en su base una “pulsión de muerte”, un anhelo secreto de autodestrucción, tanto a nivel *individual*: cultura de la muerte [popularidad del aborto y la eutanasia, caída de la natalidad], como a nivel *colectivo*: autodenigración civilizacional [crítica sistemática de todo lo occidental, especialmente las raíces judeocristianas]- que nos llevaría a la clásica dualidad Eros-Tánatos).

El impulso freudo-marxista/liberacionista, sin embargo, no siempre se manifiesta abiertamente; se disfraza bajo varias coartadas ideológicas. El feminismo es quizás la más socorrida (recordemos cómo el presidente Rodríguez Zapatero se autodefinió como “rojo y feminista”). Resultaría impropio desarrollar aquí una “historia del feminismo” con el mínimo de profundidad que el tema requeriría. Señalemos simplemente que el feminismo clásico (el de Olympe de Gouges o Mary Wollstonecraft, el de las *suffragettes*, etc.) no fue anti-familiarista ni abortista: antes de 1960, el movimiento feminista se limitó a reivindicaciones razonables de equiparación jurídico-política de las mujeres con los varones (extensión del derecho de voto, supresión de los recortes de la capacidad jurídica de la mujer casada, derecho de las mujeres a cursar estudios y ejercer una actividad profesional, etc.). El feminismo “de la primera ola” [*first wave feminism*] en realidad forma parte del liberalismo clásico (que es plenamente compatible con el catolicismo): se limita a extender el principio liberal[48] de igualdad ante la ley al sexo femenino. Algunas de las *suffragettes* más relevantes pertenecieron a asociaciones cristianas (como Frances Willard, presidenta de la Woman’s Christian Temperance Union).

Es el feminismo “de segunda ola” (años 60-70) el que va a adoptar un giro decididamente anti-familia y anti-maternidad (en parte, como consecuencia de la confluencia del movimiento feminista con las ideas freudo-marxistas sobre emancipación sexual)[49]. La premisa del nuevo feminismo es que las conquistas jurídico-políticas alcanzadas por el feminismo clásico (igualdad legal de varones y mujeres) resultan insuficientes, pues los resortes profundos de la opresión de la mujer se encuentran en el espacio privado: la educación, la sexualidad, las relaciones familiares ... El *second wave feminism* (como otras ramas del árbol sesentayochista) comporta una politización del ámbito íntimo (la “microfísica del poder”, que diría Michel Foucault): “lo personal es político” será el eslógan feminista –acuñado por Carol Hanisch[50]- más representativo de este giro. El libro *The Feminine Mystique*, de Betty Friedan[51], sentará las tesis fundamentales: el rol de ama de casa y madre es alienante para la mujer; la mujer sacrifica o disuelve su identidad en la de su familia; la liberación femenina completa requiere la salida de esa cárcel.

El nuevo feminismo de los 60-70 redirecciona, pues, el impulso emancipatorio hacia el espacio privado: las fuentes de opresión sexual ya no son las leyes discriminatorias, sino la función de madre y esposa[52]. Seguirá el *bra-burning* y demás descoques setenteros. La deriva del

feminismo hacia una vinculación cada vez más estrecha con el liberacionalismo sexual y la cultura de la muerte, con la anticoncepción y el aborto libre como reivindicaciones características.

Vivimos en la actualidad (desde los 90) la “tercera ola” feminista, la cual, bajo la influencia del postestructuralismo francés (Foucault, Derrida) ha producido la llamada *gender ideology*[53], cuya aportación más importante es la sustitución del concepto de *sexo* (determinación biológica) por el de *género* (construcción cultural). La idea había sido ya adelantada por Simone de Beauvoir -“la mujer no nace, se hace” (una ocurrencia que, a su vez, delata la influencia sartriana: “la existencia precede a la esencia”)[54]- en *El segundo sexo*, un libro lleno de feroces ataques a la institución familiar (el capítulo dedicado a la maternidad se abre con ... un alegato de quince páginas en favor del aborto libre)[55]. La “ideología de género”, en su pretensión de reducir la femineidad a construcción cultural, no puede sino retener y acentuar la hostilidad del feminismo “de segunda ola” hacia la maternidad (determinación natural de la que la mujer debe ser liberada), al tiempo que sostiene que el rol de madre, como construcción cultural que es, puede ser redefinido de forma que sea asumido por varones o por lesbianas[56] (la sustitución de los términos “padre” y “madre” por los de “progenitores A y B” en el Derecho de familia español es la expresión más simbólica de esto). La posibilidad de cambiar de sexo mediante intervención quirúrgica (ofrecida gratuitamente por la Sanidad pública andaluza) constituye también una característica “conquista” de la *gender ideology*, en la medida en que anula las últimas determinaciones biológicas y parece convertir masculinidad y femineidad en “construcciones” y “elecciones”.

La nueva izquierda post-socialista hace suyas las reivindicaciones feministas de segunda y tercera ola (ideología de género). Las políticas de nuestro gobierno resultan prototípicas en ese sentido: España está a la cabeza del mundo en la relativización de roles sexuales (matrimonio homosexual con derecho a adopción), en impregnación “generista” de la educación (Educación para la Ciudadanía), en perseverancia entusiasta en la liberación sexual y el abortismo (en un momento en que en muchos países occidentales se empiezan a revisar con preocupación sus consecuencias ... en España se acaba de legalizar la distribución de píldoras abortivas sin receta ni autorización paterna a niñas de 16 años). Los eslóganes escogidos para publicitar estas políticas (“profundización en la democracia”, “extensión de derechos”) delatan el empeño típicamente sesentayochista de “politizar” el ámbito íntimo (el hogar familiar y el dormitorio)[57]. Pero se recurre también con frecuencia al pretexto feminista: por ejemplo, es muy revelador que la reforma de la ley del aborto haya sido encomendada en España al Ministerio de Igualdad, y no al de Sanidad.

Hablo de “pretexto” porque, por supuesto, estoy convencido de que ni la facilitación del aborto, ni la promoción del libertinaje sexual, ni la consideración de los roles de esposa y madre como “alienantes” benefician en nada a la mujer. Eugenia Rocella lo ha expresado muy bien: “siguiendo el espejismo de la negación de la maternidad, se niega la fuerza autónoma de las mujeres, que seguirán siendo siempre [para el neofeminismo] “machos fallidos”, una versión coja e imperfecta del modelo masculino”[58].

La observación de Rocella –el neofeminismo convierte a las mujeres en “varones fallidos”- admite una segunda interpretación. La permisividad sexual sesentayochista ha dañado a toda la sociedad ... pero de manera particular a las mujeres. Lo quiera o no la ideología de género, existe una naturaleza femenina, y también una vivencia de la sexualidad específicamente femenina, caracterizada por la mayor imbricación de lo físico con lo emocional y moral. El tipo de sexualidad (trivializada, de consumo rápido, desvinculada del amor, el compromiso y la reproducción) impuesta por el sesentayochismo parece diseñada a la medida de las necesidades y caprichos masculinos. Las mujeres son las grandes víctimas de la revolución sexual (¿qué decir del aborto libre, auténtica carta blanca para los Don Juanes, que pueden ahora esparcir su semilla a diestro y siniestro sin asumir responsabilidades?). En la sociedad

hipersexualizada, la mujer se convierte a menudo en objeto de usar y tirar. Las feministas han conseguido imponer a la mujer el modelo sexual masculino. Y la legalización del aborto deja a la mujer inerme frente a las presiones de novios utilizadores, o de empresarios sin escrúpulos reticentes a conceder bajas de maternidad[59].

En la raíz del empeño neofeminista en imitar el modelo de sexualidad masculina (desvinculación del sexo respecto al amor y el compromiso, relaciones efímeras, etc.) se adivina la frustración por no poder construir –desde que rige el *ethos* sesentayochista- las relaciones profundas y estables que las mujeres en realidad anhelan. No habiendo podido “humanizar” la sexualidad del varón, la mujer decide animalizar su propia sexualidad, como *venganza* frente a la volatilidad masculina (como si estuvieran diciéndole al varón: “mira, puedo ser tan libertina como tú”). De ahí las reveladoras palabras de la teórica feminista Amalia Valcárcel: “Si no los podemos hacer [a los hombres] tan buenos, hagámonos nosotras tan malas: no exijamos castidad, sino perdámosla; no impongamos la dulzura, hagámonos brutales; no atesoremos naturaleza, sino destruyamos con el furor del converso”[60].

#### IV) La ONU y la Unión Europea, al servicio de la “ampliación de derechos”

Un último factor merece nuestro análisis: la apropiación del lenguaje de los derechos humanos por parte del bando progresista, y la consiguiente colonización de importantes entidades internacionales como la Unión Europea o las agencias especializadas de Naciones Unidas por la ideología de la “ampliación de derechos”.

La idea de los derechos humanos conoció un florecimiento espectacular en la segunda postguerra, como reacción iusnaturalista a los crímenes de Estado de la Alemania nazi[61]. Se trataba de consagrar internacionalmente un “mínimo ético” transcultural, que pudiera funcionar como límite objetivo de la actuación legítima de los gobiernos: los derechos humanos como un “Derecho supralegal” desde el que pudiera ser criticado y resistido el “desafuero legal [*gesetzliches Unrecht*]” (Gustav Radbruch)[62]. Mucho se ha ponderado el sabio posibilismo desplegado por la comisión de juristas y filósofos que preparó la Declaración Universal de 1948: buscaron un consenso pragmático sobre el contenido de los derechos, siendo conscientes de que sería imposible el acuerdo sobre el fundamento de los mismos (de ahí la famosa afirmación de Jacques Maritain, miembro de la Comisión: “hemos convenido en estos derechos ... a condición de que nadie nos pregunte su porqué”)[63]. Este enfoque antifundacionalista -¿qué más da nuestra discrepancia acerca de *por qué* haya que respetar los derechos humanos, si todos coincidimos en *que* han de ser protegidos?- pareció eficaz en un primer momento, cuando la DUDH alcanzó rápido prestigio internacional, y se convirtió en referencia e inspiración para combates por la dignidad humana en contextos político-culturales muy variados. Sin embargo, Richard McKeon advirtió, ya en 1948, que la Declaración sería muy vulnerable si se dejaban incompletos sus cimientos: si no se poseía una conciencia clara sobre la razón de ser de los derechos[64].

En opinión de Mary Ann Glendon, la advertencia profética de McKeon se ha demostrado correcta[65]. A primera vista, parecería que la idea de los derechos humanos goza de mayor vigencia que nunca: jamás había sido tan invocada y manoseada; Europa y EEUU se muestran cada vez más exigentes en ese terreno con los demás países, demandando un nivel decente de respeto a los derechos humanos como condición para la profundización de las relaciones comerciales (“cláusula de nación más favorecida”), para la incorporación a la Unión Europea o la OTAN, etc.; los derechos humanos, incluso, llegan a ser impuestos *manu militari* (“intervención humanitaria”: Haití, Bosnia, Kosovo, Afganistán, Iraq, etc.)[66]. Sin embargo, esta omnipresencia de los derechos humanos en la política internacional es paradójicamente compatible con una creciente difuminación de su concepto y una permanente redefinición de

su contenido. La noción de derechos humanos sólo tiene sentido si se acepta la idea de “naturaleza humana”: básicamente, la ideología de los derechos humanos prohíbe que las personas sean tratadas en forma incompatible con su dignidad, en formas que impidan el adecuado desarrollo de sus potencialidades naturales. Ahora bien, el concepto “naturaleza humana” –como el de “verdad moral”- resulta cada vez menos admisible para la mentalidad relativista del Occidente postmoderno: quienes los invocan se hacen automáticamente sospechosos de “fundamentalismo”[67]. El neofeminismo, la ideología de género, el multiculturalismo, etc., tienden a considerar que (casi) nada es natural, que todo es “cultural” (y por tanto redefinible). En el mismo momento en que nuestro activismo “misionero” pro-derechos humanos se multiplica en todo el mundo, deconstruimos el concepto de naturaleza humana que estuvo siempre en su base. Lo cual, por cierto, merma fatalmente la credibilidad de nuestro proselitismo: ¿por qué los pueblos no occidentales deberían tomar en serio nuestra prédica pro-derechos, si ven que nos reservamos la facultad de cuestionar su fundamento antropológico y relativizar su contenido (sobre todo, inventando constantemente “nuevos derechos”)?. El “proselitismo relativista” del Occidente actual parece una tremenda *contradictio in adjecto*.

Cuando se deja de creer en una naturaleza humana objetiva, de la que dimanarían ciertos imperativos morales[68] ... queda la puerta abierta para la apropiación o utilización de la idea de los derechos humanos por cualesquiera movimientos y causas políticas. El iusinternacionalista David Kennedy ha advertido que “el movimiento de los derechos humanos es particularmente susceptible de ser secuestrado por otros actores políticos y proyectos ideológicos”[69]; Janne Haaland Matlary, por su parte, constata que “el término “derecho humano” se ha convertido, sencillamente, en el eslogan más efectivo para promover cualquier causa en el debate político”[70]. La estrategia elegida consiste habitualmente en la adición de “nuevos derechos” al catálogo tradicional. El movimiento *gay liberationist*, el lobby pro-aborto, etc. saben que si consiguen envolver sus respectivas reivindicaciones con la mágica vitola de los derechos humanos, éstas se harán incontenibles (quien todavía ose resistirse aparecerá como un energúmeno, un enemigo del progreso y de la dignidad humana).

La “ampliación de derechos” es, pues, uno de los lemas favoritos del bando progresista en la guerra cultural (también uno de los eslóganes más rentables para el actual Gobierno español). Una vez abierta la veda de la adición de “nuevos derechos”, el catálogo de derechos humanos –cuya fuerza moral estaba relacionada, precisamente, con su concisión, su clausura, su taxatividad- se convierte en un cajón de sastre infinitamente maleable al que los movimientos izquierdistas van añadiendo las reivindicaciones más variadas. Se llega al extremo de contradecir abiertamente el contenido de la Declaración original: los “nuevos derechos” constituyen, en buena parte, la negación de los “antiguos” y verdaderos (así, el nuevo “derecho al aborto” niega el “derecho de todo individuo a la vida” reconocido por el art. 3 de la Declaración Universal, y el nuevo “derecho al matrimonio con persona del mismo sexo” reduce al absurdo el “derecho de los hombres y las mujeres a casarse y fundar una familia” proclamado por el artículo 16.1 [la frase es evidentemente interpretable en el sentido de “derecho de los hombres a casarse *con mujeres*, y de las mujeres a casarse *con hombres*”; en 1948 ello era tan obvio, que no pareció necesario un énfasis mayor en el carácter heterosexual del vínculo]).

Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink han analizado el funcionamiento de las *advocacy networks*, las redes internacionales de juristas, activistas y políticos que trabajan por reivindicaciones “progresistas” (habitualmente vinculadas a los “derechos reproductivos”, los “nuevos modelos de familia” o el ecologismo) que aspiran a ser reconocidas como nuevos derechos[71]. A una fase de martilleo de la opinión pública (en la que resulta muy útil la acuñación de eufemismos engañosos como “anticoncepción de urgencia” [para designar a la píldora abortiva], “derechos reproductivos” [para designar al aborto] o “nuevos modelos de familia” [para encubrir la

deconstrucción de la familia]) y de publicitación de supuestas evidencias científicas favorables a la causa[72] (para lo cual se constituyen “comunidades epistémicas” [Haas][73] integradas por expertos que anteponen el sectarismo ideológico al rigor científico: así, siempre se encontrará a algún genetista dispuesto a declarar que “el feto no es un ser humano”[74], o algún psicólogo presto a demostrar que un niño se cría tan bien con “dos padres” como con un padre y una madre)[75], le sigue otra, decisiva, de consagración jurídico-positiva de la reivindicación, habitualmente a nivel internacional (conferencias especializadas de Naciones Unidas). La *advocacy network* habrá conseguido la victoria cuando disponga de *algún* texto jurídico-internacional –no importa si de rango secundario- que invocar para poder presentar su reivindicación como un derecho humano.

Lucetta Scaraffia y Eugenia Rocella han mostrado hasta qué punto las burocracias de Naciones Unidas y de la Unión Europea han sido colonizadas y puestas a su servicio por estos movimientos. Las Conferencias de El Cairo (1994) y Pekín (1995) pretendieron ser la consagración al más alto nivel internacional de la doctrina de los “derechos reproductivos”. Esta doctrina resulta de la confluencia de dos vetas teóricas[76]: el neofeminismo (analizado en el epígrafe anterior de este trabajo) y el que podríamos llamar “neomaltusianismo” (creencia en una explosión demográfica que pondría en peligro el futuro de la humanidad, y en la necesidad de atajarla por cualesquiera medios).

“Aquellos primeros años 70 vieron el florecer de los escenarios apocalípticos; se impuso el mito de la superpoblación y de la catástrofe inminente (alimenticia, energética o ambiental) [...]. Hoy podemos decir que esos viejos análisis, repetidos acriticamente por muchos pájaros de mal agüero, han sido demolidos por la realidad y por estudios más creíbles. [...] Entre 1965 y 2005, a nivel mundial, la tasa de fertilidad ha caído de 4.9 a 2.7 nacimientos por mujer. [...] [Los demógrafos de Naciones Unidas] están corrigiendo [a la baja] rápidamente sus proyecciones: la estimación media oficial para 2050 es de 9.000 millones. [...] Desde 1961 la población mundial se ha más que doblado, mientras que la producción alimenticia mundial se ha más que triplicado [...]. Y la próxima revolución agrícola, debida a las biotecnologías, hará aumentar todavía más la producción agrícola, disminuyendo, sin embargo, la superficie terrestre cultivada” (Antonio Socci)[77].

El neomaltusianismo conoció un notable auge en los años 60 y 70, las dos décadas de más rápido crecimiento de la población mundial; supusieron hitos importantes, por ejemplo, la publicación de *The Population Bomb* de Paul Ehrlich (1968)[78] y la del famoso informe del Club de Roma *Los límites del crecimiento* (1972). La ONU adquirió una obvia impronta neomaltusiana en aquellos años, convirtiendo la contención de la explosión demográfica en uno de sus principales objetivos. La Conferencia sobre Población de Budapest (1974) elevó la planificación familiar al rango de *major issue* para Naciones Unidas; la posterior Conferencia sobre la Mujer de Ciudad de México (1975) insistió en la anticoncepción (sin incluir todavía el aborto) como un derecho de la mujer. La secuencia se repetirá en los años 90 (a la conferencia demográfica de El Cairo [1994] le sigue la conferencia de Pekín sobre derechos femeninos [1995]) y resulta muy reveladora: los demógrafos de Naciones Unidas definen primero los objetivos de control de población a alcanzar, y acto seguido las herramientas conducentes a ellos (anticoncepción, aborto) son declaradas “derechos de la mujer”.

El “brazo armado” de esta ONU neomaltusiana ha sido desde 1969 la UNFPA (United Nations Fund for Population Activities), que desarrolla actividades en más de 140 países y maneja un presupuesto anual de 6.000 millones de dólares (piénsese lo que se hubiera podido conseguir si esta cifra astronómica hubiese sido invertida en *cuidar* de las nuevas vidas [vacunaciones, educación, etc.] en lugar de en *impedir*las). Entre las hazañas de la UNFPA en materia de “derechos reproductivos” destaca su demostrada complicidad en la política china “del hijo único” a partir de 1979 (en los años 80, las mujeres chinas eran obligadas por las autoridades a ponerse el DIU después de tener el primer niño; si, pese a todo, quedaban embarazadas, eran

forzadas a abortar; si conseguían ocultar su embarazo y dar a luz su segundo hijo, éste les era arrebatado y confinado en los tristemente célebres orfanatos). Según estimaciones del *US Census Bureau*, sólo entre 1979 y 1985 tuvieron lugar en China 100 millones de intervenciones coactivas (esterilizaciones y abortos)[79]. La UNFPA –que en 1978 había firmado un acuerdo de colaboración con China- contribuyó a financiar esta política demográfica. Rafael Salas, director de la UNFPA entre 1969 y 1987, defendió públicamente la política china en varias ocasiones, apelando unas veces a la “diversidad cultural”, otras al principio de no injerencia en asuntos internos (llegó a referirse en 1981 a ella como “un soberbio ejemplo de integración entre planificación demográfica y desarrollo”)[80].

Las Conferencias de El Cairo (1994) y Pekín (1995) estaban llamadas a consagrar la ideología de los “derechos reproductivos” como doctrina oficial de Naciones Unidas en asuntos demográficos y sexuales. El concepto “derechos reproductivos” desplaza al anterior de “planificación familiar”, y presenta dos novedades respecto a éste: incluye también el derecho a la “anticoncepción de urgencia” (es decir, al aborto) y concibe *sólo a la mujer*, no ya a la unidad familiar, como la titular de los derechos (este último aspecto delata la influencia neofeminista, con su característica repulsión hacia la familia como cárcel de la mujer). El centro de gravedad ya no es la familia que controla su descendencia, sino la mujer que gestiona individualmente su libertad sexual. En El Cairo y Pekín convergen la inspiración neomaltusiano-antinatalista de la burocracia onusiana y el espíritu freudo-marxista de la izquierda sesentayochista. De lo que se trata en realidad, ha escrito Lucetta Scaraffia, es de “difundir, en culturas todavía ligadas en muchos aspectos a una concepción tradicional de la familia y de la generación de niños, la ideología utópica que se ha asentado en Occidente durante la segunda mitad del siglo XX. Ella prevé la separación entre sexualidad y generación, la libertad total de vivir los propios impulsos sexuales comenzando desde la adolescencia y, sobre todo, interpreta el nacimiento de un niño como un acontecimiento positivo sólo si está programado”[81].

Si las conferencias de El Cairo y Pekín no desembocaron en un triunfo rotundo y definitivo de los progresistas y sus “derechos reproductivos” fue porque ... lo impidió la delegación vaticana (con el apoyo de algunos Estados hispanoamericanos). Dos juristas notables que participaron en las deliberaciones de El Cairo y Pekín –Mary Ann Glendon[82] y Janne Haaland Matlary- han contado después los entresijos de éstas. Durante la conferencia de El Cairo, la delegación vaticana nucleó un frente de resistencia a las presiones del gobierno norteamericano (entonces controlado por el pro-abortista Clinton; durante la etapa Bush, Washington ha tendido más bien a hacer causa común con la Santa Sede en estos temas)[83] y de Estados europeos para que el aborto fuera reconocido definitivamente como un derecho reproductivo más. La resistencia vaticana bloqueó durante una semana la adopción de una resolución final, y evitó la mención directa del aborto.

El papel del Vaticano en la escena política internacional confirma nuestra tesis sobre la “guerra civil occidental” y el papel central que corresponde a la Iglesia en el bando “conservador”.

Las posturas de la Santa Sede en los conferencias internacionales suscitan una atención pública (titulares de prensa –a menudo hostiles- etc.) *desproporcionada* respecto a la entidad objetiva del Vaticano como Estado (exiguo en lo territorial, inexistente en lo económico o lo militar). Creo, como Janne Haaland Matlary, que la expectación suscitada por Roma tiene que ver precisamente con su papel de liderazgo mundial de la resistencia a la “cultura dominante progresista”. Los periodistas esperan con impaciencia la intervención de la delegación vaticana porque saben que sólo de ella pueden esperar un discurso *diferente*: “Hay una deliciosa paradoja en el hecho de que, por un lado, la Santa Sede y todo aquello que defiende parecen anticuados e irrelevantes; pero, al mismo tiempo, hay un tremendo interés en un actor en el centro de los asuntos mundiales que habla sobre dignidad y sobre la naturaleza humana como

referencia para la política [...]. Lo paradójico es que, aunque en Occidente cada vez hay menos personas que creen que existan verdades morales, la gente todavía las necesita. [...] Creo que esto puede explicar parte del magnetismo de Juan Pablo II, pero también, por supuesto, los enérgicos rechazos que experimenta su mensaje” [84].

El liderazgo mundial asumido por la delegación pontificia en las Conferencias de El Cairo y Pekín confirma que la Iglesia es –también en la diplomacia internacional- el último bastión de resistencia cultural organizada frente a la ideología de los derechos reproductivos (y, más genéricamente, frente al progresismo sesentayochista)[85]. Los movimientos progresistas así lo reconocen, distinguiendo a la Iglesia con una hostilidad indesmayable (por ejemplo, tras El Cairo-Pekín más de cuatrocientas ONGs de todo el mundo organizaron –en 1999- la campaña internacional “See Change”, que exige la expulsión de la Santa Sede de Naciones Unidas)[86]. Y lo reconocen las burocracias de la ONU y de la Unión Europea, cuyos documentos oficiales destilan una beligerancia creciente hacia el catolicismo. Los informes de diversos organismos de la Unión Europea, por ejemplo, advierten reiteradamente contra el peligro representado por “los fundamentalismos religiosos” (“considerando que el fundamentalismo no es un fenómeno ajeno a la UE, y que pone en peligro las libertades [...]”, reza un texto oficial)[87]: la amalgama de Islam y cristianismo en un mismo saco “fundamentalista” es una de las estrategias dialécticas favoritas del progresismo; se establece así una inicua simetría entre los *mullahs* lapidadores de adúlteras y el Papa autor de la *Mulieris dignitatem*, como si uno y otros fueran “igualmente intolerantes y peligrosos”. Otras tretas utilizadas son el énfasis en la supuesta misoginia del catolicismo (como si oponerse al aborto fuese atacar a la mujer) y el rechazo de la “injerencia de las iglesias en la política” (como si los cristianos fueran ciudadanos de segunda sin derecho a participar en los debates públicos)[88].

“El fundamentalismo es un fenómeno [...] no extraño a nuestra cultura europea, de carácter totalitario, dado que integristas y fundamentalistas consideran estar en posesión de la verdad, y deciden imponer, en nombre del bien de todos, sus reglas de pensamiento y acción a toda la sociedad” (*Comisión de los derechos de la mujer y la igualdad de oportunidades* [Unión Europea], “Relación sobre las mujeres y el fundamentalismo” (2001). “[C]onsiderando lamentables las injerencias de las Iglesias [...] en la vida pública y política de los Estados, en particular cuando pretenden limitar los derechos humanos y las libertades fundamentales, como en el ámbito sexual y reproductor [...]” (*Comisión de los derechos de la mujer y la igualdad de oportunidades* [Unión Europea], “Relación sobre las mujeres y el fundamentalismo” [2001])[89].

Así, el informe de la Comisión de Derechos Humanos de la UE en 2002 alerta sobre la amenaza que para los derechos humanos suponen “las religiones”, sin hacer distinciones entre éstas: “los derechos humanos son violados en nombre de las religiones. [...] El radicalismo aumenta contemporáneamente en todas las religiones [...]”[90]. Se presenta la firme convicción religiosa –la creencia en cualquier tipo de verdad “fuerte”- como semilla de intolerancia y enfrentamiento: “el extremismo [...] es una amenaza constante para la paz mundial, en cuanto divide al mundo en facciones contrapuestas que están convencidas de la propia superioridad y de ser depositarias de la verdad religiosa. Este extremismo, que es definido también como fundamentalismo o radicalismo religioso, se manifiesta como la firme convicción de que la propia fe es la única válida [...]”. Para la Unión Europea, por tanto, sólo en un mundo de agnósticos relativistas estará debidamente garantizada la paz internacional: las religiones – todas por igual- son el verdadero enemigo. Los eurócratas de Bruselas preparan para nosotros el paraíso –postnacional, postbélico, postreligioso- del *Imagine* de John Lennon: “nothing to kill or die for/ and no religion too” ...

Como observa sabrosamente Mark Steyn: “Los europeos han abrazado de todo corazón el nihilismo bobo de “Imagine”. “Imagine there’s no heaven”: Sin problema. Amplias mayorías de escandinavos, holandeses y belgas se encuentran entre los primeros pueblos de la Historia

humana que son incapaces de imaginar que haya alguna posibilidad de que exista el cielo. “Imagine all the people/ Living for today”: Hecho [suicidio demográfico europeo: insuficiente natalidad; después de todo, “la vida son dos días, y hay que disfrutarlos”: ¿quién es tan tonto para cargarse de críos?]. “Imagine there’s no countries”: Hecho: la Unión Europea es un pseudo-Estado postnacional: “Nothing to kill or die for/ And no religion too”: ¡Eso es! [el buenismo avestrucil a lo Chamberlain –el horror al uso de la fuerza, incluso en defensa propia [11-S, 11-M]- es uno de los rasgos de la mentalidad europea actual; puede estar relacionado con el declive de la religión: si uno está convencido de que no hay más vida que ésta, arriesgarse a perderla –incluso si es defendiendo los valores más elevados- es la estupidez suprema; ¿no era “better red than dead” el lema de los pacifistas de los 80?][91].

V) Los campos de batalla: vida, familia, papel de la religión en la vida pública

Pasamos a un análisis específico de las tres grandes áreas en las que se dirime la actual guerra cultural:

1) Vida: La cultura sesentayochista está difuminando progresivamente la sacralidad de la vida humana, en un proceso que comienza por los extremos (la etapa uterina y la enfermedad terminal), pero que avanzará previsiblemente hacia el centro (moralistas como Peter Singer defienden ya sin ambages la legitimidad del infanticidio en las primeras semanas de vida postparto). A mi modo de ver, esta relativización de la dignidad humana[92] (que la hace depender del tamaño, del grado de desarrollo o el estado de salud del sujeto) revela la impotencia de la antropología materialista para dar razón de la sacralidad de la vida y, más genéricamente, de los derechos humanos[93]. La *Weltanschauung* post-religiosa concibe al hombre como una especie animal más: ¿por qué un mono especialmente evolucionado, un fragmento de materia orgánica complejamente organizado, debería tener derechos o dignidad?[94] Al perder su anclaje en la trascendencia, la ética se convierte en materia de consenso o convención (lo moralmente permitido será ... lo que vayamos acordando –o se supone que hubiéramos podido acordar[95]- entre todos en cada momento). La “ética del consenso”, significativamente, parece diseñada a la medida de las necesidades de los adultos sanos, y tiende a dejar fuera de la protección de sus imperativos a los más débiles: los que son demasiado pequeños o enfermos para participar en consenso alguno. Resulta revelador que los más influyentes representantes contemporáneos de la ética laica –John Rawls, Ronald Dworkin, Thomas Nagel, Robert Nozick, Tim Scanlon, Judith Jarvis Thomson- militen unánimemente en favor del aborto y la eutanasia[96].

La idea de la sacralidad de la vida humana ha sido, en realidad, una de las grandes aportaciones del cristianismo a la historia: “el quinto mandamiento, “no matarás”, tiene valor porque sólo Dios es Señor de la vida y de la muerte”[97]. Casi todas las civilizaciones pre-cristianas practicaron los sacrificios humanos; en las sofisticadas Grecia y Roma era frecuente el infanticidio[98] (sobre todo, el femenino)[99]. No debe sorprender que nuestra cultura post-cristiana retorne progresivamente a la desacralización de la vida, a las pirámides sacrificiales (que esta vez adoptan la forma de asépticos quirófanos y “sedaderos”)[100]. Que tienda a considerar la vida humana –en las etapas iniciales de su desarrollo- como “material biológico” susceptible de manipulación, modificación, instrumentalización: irán abriéndose las puertas a todas las pesadillas de la ingeniería genética (clonación, selección embrionaria, etc.)[101].

Resulta interesante comprobar cómo un filósofo materialista y laicista como Peter Singer atribuye sin ambages al cristianismo la idea de la sacralidad de *cualquier* vida humana: “Nuestras actuales actitudes datan de la llegada del cristianismo. Existía una motivación



teológica específica en la insistencia cristiana sobre la importancia de la pertenencia a la especie: la creencia de que todo nacido de padres humanos es inmortal [...]. Puesto que Dios nos ha creado y somos de su propiedad, matar a un ser humano es usurpar el derecho que Dios tiene de decidir cuándo viviremos y cuándo moriremos[102]. Singer rechaza esta exaltación cristiana de la dignidad de todo ser humano: en su opinión, la calidad de sujeto moral sólo debe reconocerse a las personas (y no todos los seres humanos son personas; en cambio, algunos primates no humanos pueden serlo): “Algunos miembros de otras especies son personas; algunos miembros de nuestra propia especie no lo son. [...] Matar, por ejemplo, a un chimpancé, es peor que matar a un ser humano que, debido a una discapacidad intelectual congénita, no es ni podrá ser nunca persona”[103]. Singer reivindica el derecho al infanticidio, ampliamente practicado por las civilizaciones pre-cristianas, e irracionalmente orillado en Occidente durante dos mil años a causa del prejuicio “especista” del hombre como criatura favorita de Dios: “Los motivos para no matar personas no se aplican a los recién nacidos [...] [D]ebería haber al menos algunas circunstancias en las cuales el derecho a la vida totalmente legal entrara en vigor, no en el momento del nacimiento, sino poco después del mismo, quizás un mes después. [...] Nuestra actual protección absoluta de la vida de los niños es una actitud típicamente cristiana más que un valor ético universal. El infanticidio se ha practicado en sociedades que van desde Tahití a Groenlandia. [...] El cambio en las actitudes occidentales hacia el infanticidio desde los tiempos romanos es, como la doctrina de la santidad de la vida humana de la que forma parte, producto del cristianismo”[104].

En definitiva, se van dibujando dos alternativas muy claras: o el hombre es *genitus* (creado por Dios, y por tanto intocable), o es *factus* (surgido por azar, y por tanto remodelable-manipulable mediante la biotecnología, eliminable a capricho *al menos* en la etapa temprana de su desarrollo y en su penoso declive final, etc.)[105].

La Iglesia católica ha ido quedándose casi sola en la defensa de la cultura de la vida[106]. Este hecho la convierte en bastión y referencia del bando conservador en la “guerra civil occidental”; una referencia también para los agnósticos lúcidos (Ferrara, Pera, Bueno) que, sin poder compartir la fe, comienzan a valorar el servicio que la Iglesia presta a la humanidad defendiendo contra viento y marea unos absolutos bioéticos. La defensa de la vida le garantiza también a la Iglesia –por otra parte- el fuego graneado constante del bando progresista.

Un bombardeo anticatólico permanente –a cuenta del derecho a la vida- en el que destacan dos pseudoargumentos: 1) “la Iglesia está obsesionada con el aborto: se preocupa mucho por los niños mientras están en el seno materno, pero nada desde el momento en que salen de él” (o bien: “mucho denunciar el aborto, pero ¿qué hay de la pobreza, la injusticia social, el hambre en el mundo, etc.?”); y 2) “al pedir la prohibición del aborto, los católicos buscan imponer sus creencias religiosas particulares a toda la sociedad: ¡que no aborten ellos y ya está!”. El segundo argumento guarda relación con el problema de las “razones públicas” y la neutralidad cosmovisional del Estado (que abordaremos más adelante).

¿Qué decir del primero? Por supuesto, es fácil refutarlo empíricamente mediante la simple enumeración de los incontables comedores, hospicios, y demás obras sociales regentadas por la Iglesia. Pero también es fácil prever la consiguiente respuesta progresista: “todo eso no es más que caridad y asistencialismo: curar los síntomas sin atacar las causas de la pobreza, la injusticia, etc.”. Es decir, nuestro interlocutor está exigiendo a la Iglesia un compromiso teórico-doctrinal con la visión izquierdista de los problemas socio-económicos (por ejemplo, posturas antiglobalización, intervencionistas, estatistas, etc.), como condición para la credibilidad moral de su postura anti-aborto. Aparentemente, el progresista estaría dispuesto a permitir que la Iglesia sea antiabortista ... si se proclamara también anticapitalista y antiliberal.

A mi modo de ver, se trata de una trampa en la que la Iglesia no debería caer. La Iglesia debe, ciertamente, defender de manera genérica el principio moral de la promoción de los pobres[107]. Pero que las fórmulas político-económicas más eficaces para promocionar a los pobres sean las de izquierdas (redistribución de la riqueza mediante una presión fiscal intensa) o las de derechas (desregulación de los mercados, atenuación de la presión fiscal, para propiciar un crecimiento económico que genere puestos de trabajo y, por tanto, oportunidades para los pobres) es una cuestión de hecho que corresponde dilucidar a los economistas, sociólogos y politólogos, no al magisterio eclesiástico.

Thomas E. Woods Jr. (el autor de *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*)[108][109]. ha explicado esto insuperablemente. Es muy justo que la doctrina social de la Iglesia establezca, por ejemplo, que el trabajador debería percibir una remuneración suficiente para mantener dignamente a su familia (como viene haciendo desde *Rerum novarum*, 1891). Pero la doctrina social haría mal en recomendar esta o aquella *fórmula concreta* para alcanzar tan deseable objetivo: eso es algo que incumbe a los economistas. La receta intuitivamente más plausible (la imposición por decreto de un salario mínimo generoso) podría no ser la más eficiente (la ciencia económica reserva muchas “sorpresas” contraintuitivas: por ejemplo, un salario mínimo artificialmente alto puede multiplicar el desempleo): “Es obvio que los Papas no se equivocan al identificar el bienestar de los trabajadores y sus familias como una meta importante y deseable, pero ¿qué podemos decir sobre las políticas [como los salarios mínimos artificialmente altos] cuyo resultado inevitable es el desempleo de muchos cabezas de familia [...]? El único método seguro para incrementar los salarios permanentemente, y para todo el mundo, es el aumento de la productividad de los obreros que ganan dichos salarios. Nada puede cambiar este hecho fundamental. [...] [P]retender describir el funcionamiento de las relaciones económicas está más allá de la competencia del Magisterio eclesiástico. El Magisterio eclesiástico no puede decirnos qué hace que los salarios suban, al igual que no puede decirnos cómo construir un rascacielos”

La equiparación que nuestro hipotético interlocutor progresista intenta establecer entre la cuestión del aborto y cuestiones socio-económicas como la mayor o menor flexibilidad del mercado laboral o el nivel adecuado de presión fiscal es falaz. La del aborto es una de las pocas “cuestiones normativas puras”: problemas *exclusivamente* morales, que es posible zanjar con muy poca información empírica (hay vida en el embrión, asegura la ciencia; *ergo*, el embrión debe ser protegido: no necesitamos saber nada más). Cuál sea el procedimiento más eficaz para promover a los pobres, en cambio, es una cuestión socio-económica complejísima, en la que intervienen muchas variables, y sobre la que los católicos pueden discrepar de buena fe. La izquierda suele arrogarse el monopolio de la justicia social, pero está lejos de poseerlo en realidad. La aplicación de recetas económicas “de derechas” por el gobierno de Aznar, por ejemplo, permitió que la tasa de desempleo en España bajase del 23% en 1996 al 11% en 2004, y que la renta española media pasase de representar un 78% de la renta media europea en 1996, a un 86% en 2004[110]. No pretendo sugerir con esto que todo católico tenga que ser “de derechas” en economía: sólo digo que los católicos deberíamos tener libertad para apoyar políticas socio-económicas de uno u otro signo, con arreglo a los conocimientos que poseamos y las conclusiones a que hayamos llegado acerca de los medios más eficaces para impulsar el bienestar social.

“La Iglesia debe comprender la teoría económica básica. Hay realidades básicas del mercado que no pueden ser ignoradas por ningún motivo –tampoco en nombre de las inquietudes morales- porque de lo contrario puede hacerse aun más daño tanto a los mecanismos de mercado como a la moralidad” (Gregory Grombacher)[111].

La cuestión no me parece baladí, pues existen precedentes importantes de conferencias episcopales que han comprometido su magisterio apoyando tesis socio-económicas “progresistas” muy discutibles, buscando así compensar sus posiciones conservadoras en

bioética. Resulta muy ilustrativo el caso del episcopado norteamericano en los años 70, que, habiendo reaccionado gallardamente frente a la sentencia *Roe vs. Wade* (que implantó el aborto libre en EEUU, 1973) con tres documentos magisteriales en defensa de la vida[112], fue entonces sometida por la izquierda a la consabida acusación de *one-issue-ness* (obsesión unilateral con el aborto y desatención a otros problemas sociales). Los obispos norteamericanos mordieron el anzuelo: ante las elecciones presidenciales de 1976, emitieron el documento *Political Responsibility: Reflections in an Election Year*, en el que tomaban posición detallada nada menos que en ocho sectores temáticos: aborto, política económica, educación, vivienda, política exterior, gasto militar[113] ... Con la excepción del aborto, los obispos se inclinaban claramente en el resto de los temas hacia tesis sustentadas por la izquierda (en un evidente intento de “hacerse perdonar” su antiabortismo). En los años 80 – bajo el liderazgo intelectual del cardenal Joseph Bernardin, de Chicago- reincidieron en el mismo error con los documentos *The Challenge of Peace* (1983) y *Economic Justice for All* (1986), en los que venían a defender, respectivamente, el desarme nuclear unilateral de los EEUU y medidas socio-económicas de corte intervencionista y socialdemócrata (en un momento en que, precisamente, la administración Reagan estaba consiguiendo relanzar la economía del país con medidas del signo exactamente opuesto).

Como señala Robert P. George, los documentos episcopales sembraron la confusión, comprometiendo el magisterio eclesiástico con tesis discutibles, y creando dificultades de conciencia innecesarias a muchos fieles católicos que consideraban de buena fe que el desarme prematuro en lugar de alejar la posibilidad de una guerra *la aproximaba*[114], y/o que las recetas económicas liberales permiten un crecimiento económico que termina beneficiando a los pobres mucho más que cualquier política asistencial. Y, sobre todo, no sirvieron en absoluto para que la izquierda “perdonase” a la Iglesia su defensa del derecho a la vida: no por adoptar forzosamente posturas izquierdistas en otros temas dejaremos los católicos de ser despreciados por nuestra moral sexual, nuestra creencia en la familia y nuestra negativa a autoengañarnos sobre la naturaleza humana del embrión y el feto.

2) Familia: la hostilidad a la institución familiar estuvo ya presente, de manera difusa, en la izquierda clásica (por ejemplo, los ataques de Engels al matrimonio *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*). Sin embargo, es a partir de la “mutación sesentayochista” cuando la promoción de los “nuevos modelos de familia” se convierte en un *Leitmotiv* de la izquierda. El discurso de los “nuevos modelos de familia” permite proporcionar una fachada afirmativa y tolerante a lo que en realidad es deconstrucción de la familia tradicional-natural (la generalización misma de la expresión “familia tradicional” pretende ya deslegitimar a ésta como algo rancio y pasado de moda). Cabría hablar de un “relativismo familiar” *asimétrico*, trasunto del relativismo cultural asimétrico al que nos referimos antes: la ortodoxia sesentayochista reclama “igual dignidad y respeto” para todos los modelos de familia; pero, de la misma forma que el relativismo cultural resulta ser insincero, y a la hora de la verdad se resuelve en: “todas las culturas valen lo mismo ... salvo la occidental, que es depredadora, imperialista, etc.”, así el relativismo familiar termina significando en la práctica: “todos los modelos de familia valen lo mismo ... salvo el tradicional, que es patriarcal, machista, represivo, etc.”.

Se presenta a los “nuevos modelos de familia” como alternativas tan dignas y socialmente deseables como la familia tradicional, obviándose el hecho de que: a) los “nuevos modelos” son, en realidad, escombros de la familia tradicional[115] (una “familia recompuesta” es formada con los trozos de familias anteriores que se han roto; una “familia monoparental” está constituida, casi siempre, por una mujer con hijos a la que su cónyuge ha abandonado, o cuyo compañero no ha querido asumir el “yugo” matrimonial ...); b) se puede comprobar estadísticamente que la familia tradicional es el entorno ideal para la crianza de los niños[116].

Creo que la novedad legal que más daño ha hecho a la institución matrimonial en los últimos tiempos fue el reconocimiento de efectos jurídicos a las parejas de hecho: se diría que el legislador está invitando a la gente a la mera cohabitación y disuadiéndoles del casamiento (¿para qué atarse con un vínculo vitalicio, si la ley nos promete casi los mismos derechos sin necesidad de ello?).

La creciente incapacidad de los jóvenes para el compromiso definitivo –también en lo sentimental[117][118].- debería suscitar la reflexión: “imperio de lo efímero” (Lipovetsky), cosificación-trivialización de las relaciones, extensión a los afectos humanos de la renovabilidad ilimitada propia del consumo mercantil (“cambias de novia cuando encuentras una mejor ...; ¡cambia también tu coche por el nuevo modelo No Sé Cuántos!” proclama sin cinismo alguno cierto anuncio radiofónico). Explica Robert Spaemann: “Vivimos en lo que yo denominaría una civilización hipotética. Una civilización en la que las cosas son esencialmente definidas por su sentido funcional, a saber, por su valor de cambio. Una interpretación funcional es aquella que se abre por principio a la búsqueda de equivalencias. En una civilización de este tipo, todo lo que suene a convicciones absolutas o vínculos definitivos – promesas, votos, matrimonio, consagración, *character indelebilis*- resulta ser un cuerpo extraño que se tiende a eliminar. Pero sería mucho más justo entender estas cosas como la imprescindible fuente que suministra la dignidad humana de una cultura”

En un momento en que, precisamente, la cultura hedonista dominante presenta el modo de vida familiar tradicional como algo castrante y poco atractivo, el legislador, en lugar de primar y reforzar a los “pocos” que hacen esa apuesta, se diría que hace todo lo posible por desanimarles: incentivar la ruptura (ley de 8-07-2005: divorcio a los tres meses de casados y sin alegar causa alguna), retirarles todo privilegio jurídico (extendiendo las ventajas legales de los matrimonios a las parejas de hecho y las homosexuales ...), etc.

Cabe hablar de una asombrosa pérdida de conciencia acerca del hecho de que es esencial para la viabilidad de una sociedad que una parte importante de sus miembros siga escogiendo ese estilo de vida tan “aburrido” consistente en convivir largo tiempo con una misma persona y tener hijos con ella. Se considera la paternidad como “una opción personal” más, ni más ni menos valiosa que cualquier otra (¡pero la supervivencia de la sociedad depende de que un porcentaje suficiente de gente siga escogiendo reproducirse!; y en nuestro país –con una raquítica tasa de 1’3 hijos/mujer- ello está lejos de estar garantizado).

Josep Miró i Ardèvol lo analiza muy bien: “[Las recientes reformas legislativas apuntan en la dirección de] quitar todo reconocimiento social a las familias con hijos. La descendencia es concebida, no como la finalidad necesaria o principal de la sociedad con objeto de facilitar su continuidad, sino como una manifestación particular de una de tantas formas de relacionarse sexualmente. La radicalidad del cambio de perspectiva sólo puede pasar por alto en una cultura que ha perdido el más elemental de los sentidos: el de la supervivencia”[119].

Existe una evidente correlación entre la desintegración progresiva de la familia (altas tasas de divorcio, descenso de la nupcialidad)[120] y la caída del índice de natalidad, auténtica espada de Damocles que pende sobre las sociedades europeas[121], poniendo en peligro la sostenibilidad de sus sistemas de bienestar (pensiones) y abocándolas a un futuro de “eurabización” o de colapso por envejecimiento. España ocupa en la actualidad la vanguardia mundial en lo que se refiere a fragilización y difuminación jurídica de la institución familiar: las ayudas económicas a la familia son las más bajas de Europa[122]; los esfuerzos legislativos por privar de todo trato privilegiado a la familia tradicional, los más persistentes y audaces[123].

3) Papel de la religión en la vida pública: En las sociedades occidentales contemporáneas, la hostilidad anticatólica no suele adoptar la forma de la persecución abierta. Pero los católicos somos objeto de una forma sutil de discriminación: la llamada doctrina de las “razones públicas”, que excluye la posibilidad de que los creyentes hagan valer en los debates jurídicos y

políticos argumentos dependientes de sus convicciones religiosas[124]. El reciente comentario de la ministra Aído –“no se debe intentar convertir el pecado en delito”- va exactamente en esa dirección. El eterno *ritornello* “al pedir la penalización del aborto, los católicos están intentando imponer sus creencias religiosas particulares a toda la sociedad”, también[125]. Las personas religiosas son así reducidas en la práctica a “ciudadanos de segunda” que no tendrían derecho a esperar que la legislación refleje sus puntos de vista morales.

Esta discriminación de los creyentes –los cuales, a diferencia de los ateos, no podrían presionar en favor de leyes estatales coherentes con sus convicciones morales- constituye, en opinión de Janne Haaland Matlary, una vulneración de la Declaración Universal de Derechos Humanos: “El artículo 18 de la Declaración [...] afirma que todo ser humano tiene derecho a culto *público* y privado, a predicar en público, y naturalmente eso significa que todas las religiones tratarán de influir en las costumbres, es decir, en la ética de la sociedad”[126]. Resulta inquietante la interiorización de dicho criterio discriminador por muchos cristianos insuficientemente formados (¿quién no ha encontrado alguna vez creyentes que dicen, por ejemplo, “yo no abortaría, pero no me siento con derecho a imponer mi criterio a personas que no piensan como yo”?). En realidad, el cristiano tiene tanto derecho como cualquier ciudadano a intentar influir –con arreglo a sus convicciones- en el contenido de las leyes: “Hay un deber que atañe a todos los cristianos: el de influir en la sociedad para que se dirija hacia estos valores [jurídico-naturales, pero también cristianos]. No pertenecen a la esfera privada [...]. Un cristiano que deja de ser cristiano en la esfera pública no es un verdadero cristiano y no conoce en absoluto su fe”[127]. Andrés Ollero ha hablado, en este sentido, de “laicismo autoasumido”: “La laicidad positiva, que [...] consiste en que los poderes públicos tengan en cuenta las creencias de la sociedad, está sometida a una inevitable condición: que los propios creyentes no se autoconvenzan *a priori* de que las suyas, por misteriosas razones que no compete al Estado descifrar, no deben ser tenidas en cuenta”[128].

La doctrina de las razones públicas ha recibido diversas formulaciones en el pensamiento jurídico-político contemporáneo; la más influyente de ellas es posiblemente la de John Rawls. En su obra *El liberalismo político*, Rawls parte del dato del “pluralismo razonable”: las sociedades contemporáneas se caracterizan por su heterogeneidad cosmovisional; la gente profesa concepciones del mundo, del sentido de la vida, de la “vida buena” [la forma correcta de vivir] muy diversas[129]. En condiciones de libertad de conciencia y de expresión, la gente llegará a conclusiones distintas acerca del sentido de la realidad, la trascendencia, el puesto del hombre en el cosmos, etc.: habrá creyentes, agnósticos, ateos, espiritualistas, materialistas ... De ahí que sea esencial conseguir –mediante un “consenso entrecruzado [*overlapping consensus*]” entre las diversas visiones omnicomprensivas- una “base pública de justificación” cosmovisionalmente neutral: unos términos de acuerdo, unas reglas políticas de convivencia que no dependan de esta o aquella doctrina metafísica, de esta o aquella visión completa del mundo[130] (el cristianismo, el Islam, el budismo ... pero *tampoco* -y esto es lo que a menudo se olvida- el materialismo, el ateísmo, etc.). Toda la doctrina de Rawls pivota sobre la separabilidad de “lo político” y “lo metafísico”: es posible, según él, acordar unos criterios de justicia *cosmovisionalmente imparciales* (aceptables por todos los miembros de la comunidad, cualesquiera que sean sus creencias metafísicas)[131].

El liberalismo rawlsiano, por tanto, propone un Estado laico que no entra a juzgar sobre la verdad o falsedad de la distintas visiones del mundo. En el caso de la polémica sobre el aborto, por ejemplo, el laicista imbuido de la doctrina rawlsiana tenderá a considerar que el rechazo cristiano de la licitud del aborto se basa en creencias metafísicas sobre la existencia de un alma en el embrión (o la presencia de un nuevo ser que es ya “imagen de Dios” desde el instante de la concepción). El Estado rawlsiano –desde su neutralidad cosmovisional- no entraría a juzgar si dicha creencia es verdadera o falsa: se limita a rechazarla como *inutilizable en el espacio*

*público* porque se apoya en una visión del mundo teísta que no es compartida por todos los ciudadanos.

Los cristianos disponemos de *dos posibles líneas de respuesta* frente a esta tesis:

a) sostener que la neutralidad cosmovisional del Derecho y el Estado es imposible; que el Estado siempre necesita dar por buena *alguna* doctrina metafísica de fondo; que las leyes y decisiones que se nos intenta vender como “cosmovisionalmente neutrales” están, en realidad, basadas en *una determinada concepción del mundo* (materialista, atea);

b) admitir el principio de neutralidad cosmovisional del Estado, y mostrar que nuestros argumentos *son razones públicas* comprensibles por todos (y no razones religiosas); que no argumentamos contra el aborto -o contra la eutanasia, o a favor de la familia- desde la fe, sino *desde la razón*.

Examinemos sucesivamente ambas estrategias.

#### VI) La imposible neutralidad estatal

Numerosos filósofos políticos –se les suele agrupar bajo el rótulo “comunitaristas”: Alasdair MacIntyre, Michael Sandel, etc.- han cuestionado la doctrina de las razones públicas. En algunos casos, arguyen que dicha doctrina funciona de hecho como una “ley del embudo” mediante la que los laicistas –amparados en una falsa neutralidad estatal- van imponiendo leyes basadas en una concepción del mundo y de la vida *muy determinada*, al tiempo que pretenden expulsar de la plaza pública los argumentos basados en concepciones del mundo rivales (sobre todo, las concepciones religiosas).

Es significativo, por ejemplo, que todos los principales adalides de la idea de la “razón pública” sean entusiastas defensores del aborto libre[132]. Ellos sostienen que la legalización del aborto es la solución “metafísicamente neutral” para dicho dilema moral. El tratamiento que Rawls dispensa a la cuestión en *El liberalismo político* resulta especialmente revelador: la despacha en una nota al pie, donde, tras señalar que debe ser analizada “desde tres valores políticos importantes: el respeto debido a la vida humana, la perpetuación ordenada de la comunidad política, y la igualdad de las mujeres [con los hombres] como ciudadanos”, termina decretando: “cualquier equilibrio razonable entre estos tres valores tendrá que proporcionarle a la mujer un derecho debidamente cualificado a decidir si interrumpe o no su embarazo durante el primer trimestre”[133].

En realidad, tenemos todas las razones para sospechar que la posición de Rawls y otros laicistas sobre el aborto (y otras cuestiones) está tan cosmovisionalmente cargada como pueda estarlo la del activista pro-vida. Si indagamos las creencias privadas de estos pensadores laicistas ... todos ellos resultan ser ateos o agnósticos. Creen que la humanidad es una especie animal más, y que los animales no son, en el fondo, más que materia orgánica complejamente organizada. Tenemos derecho a conjeturar que su aprobación del aborto está condicionada por dicha creencia metafísica (¡el materialismo ateo es *también* una metafísica!). Piensan que el embrión no es más que una ínfima pelota de células, que puede ser suprimida –aunque posea un código genético propio- cuando todavía no ha alcanzado cierto grado de maduración.

A continuación, pretenden hacer valer dicha opinión –condicionada por sus creencias materialistas- como la única aceptable desde un punto de vista “puramente político” (*weltanschauungsfrei*, libre de metafísica).

Esa “neutralidad” –cabe aducir- es un fraude. Es una “imparcialidad” tramposa y asimétrica, que sistemáticamente prima a las opiniones basadas en la cosmovisión atea y penaliza a las opiniones basadas en una cosmovisión religiosa. Así vino a reconocerlo nada menos que Jürgen Habermas en su célebre debate con Joseph Ratzinger: “Los ciudadanos secularizados [...] no pueden negar por principio a los conceptos religiosos su potencial de verdad, ni pueden negar a sus conciudadanos creyentes su derecho a realizar aportaciones en lenguaje religioso a las discusiones públicas”[134]. (Para un tratamiento más detallado de la posición de Habermas, véase el capítulo II de este libro).

Encontraríamos, así, que el secularismo o laicismo sería, en realidad, *una más* entre las concepciones del mundo o “doctrinas omnicomprendivas” que compiten en la sociedad contemporánea. Una doctrina que ha tenido la habilidad de disfrazarse de “imparcialidad cosmovisional” –ser a la vez árbitro y jugador- para así impulsar más eficazmente sus fines[135]. Así lo ha señalado, por ejemplo, Alasdair Macintyre (que llama “progresismo [*liberalism*]” al laicismo): “el progresismo tiene, de hecho, una concepción del bien que trata de imponer política, jurídica, social y culturalmente siempre que puede; [...] al hacerlo, reduce en grado sumo su tolerancia hacia las concepciones opuestas del bien en el ámbito público”[136]. Y también Robert P. George: “el mismo laicismo es una doctrina sectaria con sus propios presupuestos y fundamentos metafísicos y morales, con sus propios mitos y, cabría argüir, incluso sus propios rituales. Es una pseudo-religión”[137].

Pero el laicismo-progresismo-materialismo es una “religión” *inconsciente de sí misma*. El ateo típico considera la inexistencia de Dios, la ausencia de cualquier propósito o plan en la creación, la aniquilación de la conciencia individual en la muerte física, el carácter epifenoménico-azaroso de la aparición de la especie humana en un universo en última instancia inhóspito y absurdo, etc., no como opiniones filosóficas suyas, sino como la expresión del “sentido común” neutral, universal, accesible a todos (salvo a esos curiosos creyentes religiosos, que se aferran aún al pensamiento mágico y a una cosmovisión precientífica). El ateo medio cree no creer nada: está convencido de que él no cree, sino que *sabe* (piensa haberse elevado al plano de la *episteme*, en tanto que los creyentes religiosos permanecerían en el de la *doxa*). En la medida en que considera sus tesis materialistas como *conocimientos* (y no como creencias), no se siente obligado a hacer abstracción de ellas cuando participa en debates públicos sobre cuestiones jurídicas o políticas: no se aplica a sí mismo ese imperativo de neutralidad cosmovisional que, en cambio, está siempre presto a exigir a los ciudadanos religiosos. El ateo acusará siempre al creyente de pretender imponer sus creencias a toda la sociedad, pero se reservará la facultad de imponer las suyas ... porque no las considera creencias, sino datos indiscutibles.

De ahí que sea esencial que los cristianos pongamos de manifiesto el carácter “religioso *lato sensu*” del ateísmo, como ha hecho Timothy Keller: “Una religión es un conjunto de creencias que explican el sentido de la existencia, quiénes somos, y a qué cosas valiosas deberíamos dedicar nuestra vida. Por ejemplo, algunos creen que sólo existe este mundo material, que estamos aquí por azar, que cuando morimos simplemente nos pudrimos, y que por tanto lo más importante es pasárselo bien. [...] Aunque esto no es una religión explícita u organizada, lo cierto es que contiene [...] una concepción del sentido de la vida, así como unas instrucciones sobre cómo vivir. [...] Se trata de un conjunto de creencias sobre la naturaleza de las cosas. Es una religión implícita. En un sentido amplio, la fe en alguna visión del mundo informa la vida de *cualquier* persona”[138].

Señalaba al respecto Juan Luis Ruiz de la Peña: “No cabe ignorar que *se es ateo merced a una opción*. No es sólo el creyente [en Dios] el que opta por creer; también lo hace el increyente que, en virtud de una decisión, apuesta por la pura facticidad o, si se quiere, por la desestimación de la cuestión [...] de la fundamentación de lo real. [...] El increyente, pues, no ostenta frente al creyente la beata *conditio possidentis*, que obligaría a éste a comparecer ante él para justificar su instalación en lo real. No; la situación de ambos es simétrica. Los dos –y no sólo uno- tienen que dar razón de su opción ante el otro. [...] ¿Con qué legitimidad se erige la increencia contemporánea en tribunal de casación que, según el humor del momento, perdona la vida a la creencia religiosa o la destina *ad bestias*?”[139].

## VII) Argumentos no confesionales de los creyentes

Una segunda estrategia de respuesta a la tesis laicista (“la religión está de más en la plaza pública”) consistiría en mostrar que la mayoría de las cosas que defendemos los católicos son perfectamente sostenibles con argumentos racionales –razones públicas- independientes de cualquier verdad revelada o credo religioso. Los progresistas gustan de presuponer motivaciones religiosas “no públicas” en cualesquiera reivindicaciones avanzadas por los creyentes: así, en el debate sobre el aborto, intentan hacer creer que nuestra oposición al mismo se debe exclusivamente a nuestra creencia en el alma (que Dios infundiría en el embrión en el momento de la concepción). Convertir nuestra defensa de la vida del no nacido en un “dogma religioso”[140] es un recurso muy socorrido para los laicistas; a ellos les conviene presentar toda la polémica sobre el comienzo de la vida, los derechos del *nasciturus*, etc. como una cuestión de fe, no dilucidable con argumentos científicos. La ministra Aído, por ejemplo, respondió “yo no entro en cuestiones religiosas” cuando se le preguntó en qué momento comenzaba, en su opinión, la vida humana; también afirma con frecuencia que sólo cabe discrepar de la nueva ley del aborto “desde criterios religiosos o extremos”[141] (la ecuación religión = “extremismo” resulta ya muy reveladora en su tosquedad). *Servata distantia*, es la misma falacia que usó el juez Harry Blackburn, del Tribunal Supremo de EEUU, para justificar su voto favorable a *Roe vs. Wade* en 1973: sostuvo que no existía evidencia científica sobre el momento exacto del comienzo de la vida “en el estado actual de nuestros conocimientos” (lo cual, por cierto, era empíricamente falso ya en 1973, y mucho más ahora), y que por tanto la opinión sobre la licitud o no del aborto dependía de las “creencias metafísicas” que se poseyeran[142]. En la misma línea, el filósofo progresista Ronald Dworkin insiste en referirse a la polémica sobre el aborto como “una cuestión intrínsecamente religiosa”[143].

Sin pretender esbozar aquí una historia del iusnaturalismo cristiano, indiquemos que la Iglesia siempre ha considerado que la mayor parte de su doctrina moral es accesible por la razón natural, al margen de la Revelación: ya San Pablo escribe que también los gentiles, que no conocen la Revelación, “muestran la obra de la ley [moral] escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos” (Rom. 2, 15); y Santo Tomás, que “las cosas hacia las que el hombre siente inclinación natural son aprehendidas naturalmente por la inteligencia como buenas” (*Suma teológica*, 1-2, q. 94, a. 2): la ley natural es racionalmente discernible (“la ley es algo que atañe a la razón [*aliquid pertinens ad rationem*]”), e indica al hombre los actos que conducen a la perfección de su naturaleza (lo cual, a su vez, es compatible con la posición de Dios como legislador moral, pues es Dios el autor de la naturaleza humana)[144]. Y John Finnis –quizás el iusfilósofo cristiano actual más influyente- define el Derecho natural como “un conjunto de principios prácticos que indican las formas básicas de florecimiento humano”[145]: dichos principios son comprensibles al margen de la fe[146].



La segunda estrategia, por tanto, consistiría en aceptar el “intercambio de golpes” con los progresistas en el terreno común de la razón práctica natural, mostrando que nuestros argumentos son más potentes (y rechazando las imputaciones de confesionalidad falaces). Asumir, como indica George, que “la razón puede y debe ser usada para identificar verdades morales, incluso verdades de moral política, y mostrar que la moral judeo-cristiana es racionalmente superior a la moral laicista”[147].

No se trata, pues, de “imponer la verdad revelada a los no creyentes”, sino de que se nos permita argumentar racionalmente (sin ser inmediatamente tildados de “confesionales” e “intolerantes”) y aspirar a convencer a una mayoría de miembros de la sociedad de lo que estimamos que es la verdad. Señala al respecto Janne Haaland Matlary: “[N]o puede ni debe haber “Estados cristianos” en el sentido que tenían antaño. Dicho de otro modo, lo que debería movilizar a los ciudadanos para convertir algo en una norma general para todos es la profunda convicción de que ese algo es verdadero y bueno, [...] como universal, no como una verdad cristiana para los cristianos. [...] [L]a idea no es crear “Estados cristianos”, sino Estados basados en la verdad sobre el ser humano”[148].

El bando progresista-laicista, sin embargo, insistirá en considerar “confesional” cualquier argumento aducido por creyentes (por mucho que éstos utilicen un lenguaje racional universalmente accesible), como acertadamente explica Martin Rhonheimer: “A pesar de que también los católicos –y la Iglesia misma- proponen políticas y legislaciones que resultan sustancialmente justificables conforme a una razón pública *laica*, los “laicos” [laicistas] se empeñan en considerarlas “no laicas”; y, por tanto, tampoco generalizables o aptas para ser impuestas mediante el proceso democrático. ¿Y por qué dicho empeño? Pues únicamente porque son planteadas por “católicos” [...]. Así las cosas, la defensa del carácter laico del Estado por parte del “integrista laicista” se reduce a rechazar de entrada un verdadero debate público sobre los *argumentos* proferidos por [...] la Iglesia”[149].

Un somero repaso a los tres grandes frentes de “guerra cultural” permite comprobar –sin ánimo de exhaustividad- que el bando conservador posee un enorme arsenal de argumentos no confesionales:

a) En las cuestiones bioéticas, es muy fácil mostrar que, como indica George, los cristianos no consideramos que el aborto y la eutanasia sean malos “porque Dios nos lo haya susurrado al oído”[150]. Los progresos de la embriología no cesan de aportar agua al molino pro-vida, testimoniando con rotundidad la existencia de un nuevo ser dotado de un perfil genético único e irreplicable desde el instante mismo de la fecundación. Y el argumento según el cual la dignidad del ser humano no puede depender de su tamaño, ni de su forma, ni de su grado de maduración, ni de sus capacidades, ni de su “calidad de vida” ... no tiene nada de confesional[151]. O el ser humano es inviolable en todas las etapas de su vida (en la salud y en la enfermedad, en el seno materno y en el lecho de la agonía), o no lo es en ninguna: este razonamiento tiene que ver con la lógica, y no con verdades reveladas.

b) Desde la perspectiva *sociológica* y *económica*, los católicos tenemos a nuestra disposición multitud de datos y argumentos objetivos que muestran las consecuencias sociales indeseables (insostenibles a medio plazo) de la cultura hedonista (cultura “de la desvinculación”, “del deseo”, “de la gratificación inmediata”, “de lo efímero”) creada y defendida por los progresistas. Quizás los datos más rotundos e irrefutables sean los *demográficos*: la Europa postcristiana se va a morir de vieja; el índice de natalidad español, tras haber alcanzado un mínimo histórico de 1’09 hijos/mujer en 1999, ha repuntado algo (hasta 1’3) en virtud de la inmigración, pero sigue estando *muy por debajo* de la tasa de sustitución generacional (2’1). Este hundimiento de la natalidad está indudablemente

relacionado con la desintegración de la familia (si no hay matrimonios o se rompen pronto, no hay hijos), con la normalización del aborto, con el retroceso de la religión (“creced y multiplicaos”), y, quizás, con algo más profundo: una especie de desesperación larvada, que se ocultaría tras la aparente despreocupación postmoderna. Para transmitir la vida, hay que amarla lo suficiente, hay que estar convencido de que la existencia tiene sentido ... La “huelga de vientres”, la dimisión de la procreación –que alcanza en la Europa actual unos niveles sin precedentes en la Historia- revela el nihilismo que en el fondo subyace a nuestro relativismo hedonista-inmanentista. Es hasta cierto punto lógico que una cultura que cree que la humanidad es un accidente cósmico –un capricho de la evolución- no vea la razón de seguir prolongando indefinidamente semejante anomalía (por lo demás, si se descarta cualquier perspectiva trascendente y se cree que “la vida son dos días” y “hay que disfrutarla a tope”, ¿por qué complicársela con obligaciones familiar-parentales?).

Sea como fuere, la Historia, la teoría económica y el sentido común testimonian que este estilo de vida post-familiar y post-natal sencillamente *no es sostenible*. Se ha extendido –sobre todo en España- una asombrosa conspiración de silencio sobre las consecuencias previsibles de nuestra despreocupada infertilidad (una especie de *ceguera voluntaria* colectiva: “el último, que apague la luz”; “después de mí, el diluvio”). ¿Por qué se mantuvo prácticamente en secreto el “Informe de Estrategia de España en relación con el futuro del Sistema de Pensiones” (presentado en 2005 por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales al Comité de Protección Social de la Unión Europea), que pronosticaba que en 2015 la Seguridad Social tendrá que hacer frente a gastos superiores a los ingresos (quiebra contable), que habrá que recurrir al Fondo de Reserva, y que a partir de 2020, consumido éste, ya sencillamente no habrá dinero para pagar las pensiones (quiebra financiera)?[152] La crisis económica actual sin duda va a *adelantar* dichos plazos, como reconoció recientemente el gobernador del Banco de España. La quiebra inevitable del sistema público de pensiones, por supuesto, está relacionada con nuestro insuficiente índice de natalidad (que, combinado con el aumento de la esperanza media de vida, proyecta un escenario de *insostenibilidad socio-económica por envejecimiento de la población* de aquí a dos décadas). El resultado de todo ello será el empobrecimiento, la “argentinización” (salida de España del grupo de los países más ricos): las proyecciones del Comité de Política Económica de la Comisión Europea (DG ECFIN) dibujan para 2050 una España con más octogenarios y nonagenarios (5’3 millones) que niños por debajo de los 15 años (5 millones), y –*a consecuencia* de ello- un descenso del 23% del PIB por persona, en relación a los niveles de 2005[153].

c) No es sólo el descenso de la natalidad. Cabe hablar de toda una constelación de índices sociales que se disparan hacia arriba al unísono –ahora que han transcurrido varias décadas, es posible estudiar las curvas- a partir de mediados de los 60: tasa de divorcialidad, porcentaje de nacimientos fuera del matrimonio, abortos, delincuencia juvenil, fracaso escolar, drogadicción, cohabitación extramatrimonial ...[154]. Todos estos fenómenos han crecido sin cesar en Occidente –en evidente interacción- desde hace cuatro decenios. He ahí los frutos de 1968.

En el mundo anglosajón se llama “estadísticas morales” a este tipo de índices. Es significativo que en Europa se guarde un casi impenetrable silencio –ideológicamente condicionado, por supuesto- sobre tales datos. Pues se da la circunstancia de que arrojan una *acusación formidable* contra la ideología progresista-sesentayochista, mediante la mera constatación empírica de sus resultados sociales[155].

Pero no es sólo esto. Las “estadísticas morales” muestran irrefutablemente que el modelo familiar tradicional es *objetivamente mejor* –desde el punto de vista del bienestar de los niños ... e incluso el de los adultos (esperanza de vida, salud, etc.)- que todos los “nuevos modelos” que el progresismo intenta vendernos como funcionalmente equivalentes. Está estadísticamente comprobado que el bienestar económico y emocional de los hijos de parejas casadas es notablemente más alto que el de los hijos de padres solteros o divorciados[156],

que los hijos de parejas casadas tienen mejores resultados escolares y menor probabilidad de convertirse ellos mismos en padres solteros o divorciados en el futuro, gozan de mejor salud[157]. Una sociedad sin matrimonios estables es una sociedad con menos niños; también, con niños peor educados, con peor rendimiento escolar[158], con mayores traumas psicológicos y emocionales ... , tienen menos probabilidad de llegar a ser alcohólicos o drogadictos, tienen una probabilidad mucho menor de sufrir agresiones o abusos sexuales, de llegar a cometer delitos, etc

La humanidad siempre ha sabido que un niño necesita un entorno familiar estable para desarrollarse adecuadamente. Es decir, que necesita ser educado por su padre y su madre. Es una verdad transcultural –reconocida por todas las épocas y civilizaciones- que sólo nuestra cultura sesentayochista ha decidido ignorar (mejor dicho: la ha sacrificado a la sacrosanta libertad sexual). Señala al respecto Josep Miró: “[En las actuales circunstancias sociales] El marco de referencia del hijo ya no está enmarcado por la confianza y la esperanza, ni por la seguridad del compromiso, ni por la especificidad irrenunciable hasta las últimas consecuencias de la paternidad y maternidad [...], sino por la desconfianza, la incertidumbre y la intercambiabilidad de los progenitores”[159].

Incluso la probabilidad de sufrir violencia doméstica por parte de una mujer es muy superior cuando cohabita que cuando está casada: mencionar esta “verdad incómoda” –pero estadísticamente irrefutable- le costó hace unos años a José María Álvarez del Manzano los anatemas indignados de los guardianes de la ortodoxia sesentayochista.

En España es difícil obtener datos, por razones de censura ideológica tácita (como demuestra el “caso Álvarez del Manzano”)[160][161]. El dato –estadísticamente irrefutable- no deja de tener su lógica. El modelo de relación sentimental efímera-“provisional” comporta una banalización del vínculo que parece más compatible con la erosión del respeto mutuo, lo cual a su vez puede terminar degenerando en violencia (para entendernos –y siendo, por supuesto, ambas cosas horribles- parece más improbable agredir a “la madre de mis hijos”, “la mujer de mi vida”, etc. que a “mi decimocuarta novia”, fácilmente sustituible por la decimoquinta ...). Escribe Juan Manuel de Prada: “[E]l matrimonio, la familia [...] favorecían ese respeto y combatían nuestros impulsos atávicos. [Eran] Formas de convivencia que creaban vínculos de comprensión mutua, [...] que permitían ver en el otro a una criatura sagrada aureolada de dignidad [...]. Esas formas de convivencia han sido hostigadas y trivializadas hasta la destrucción. Y así, ese prójimo especialmente protegidos por vínculos [fuertes, como el matrimonial] [...] se ha convertido en una realidad ajena, un trozo del mundo circundante que se usa y se tira, se exprime y se desdeña”[162].. En EEUU, donde está culturalmente permitido indagar estas cosas, los estudios señalan que la probabilidad de que la mujer se vea agredida por el novio con quien cohabita es *tres veces superior* a la de serlo por el marido

Los católicos tenemos, pues, datos empíricos más que suficientes para argüir que nuestra defensa de la familia tradicional no se basa en “verdades reveladas”, sino en “razones públicas” incontrovertibles. Cuando pedimos que el Estado refuerce, fomente, proteja el matrimonio y la familia “tradicionales” no pretendemos imponer a los demás convicciones religiosas particulares: le estamos diciendo a la sociedad lo que, según el mero sentido común, debería hacer para asegurar *su propia supervivencia*.

En este sentido, la potenciación de la institución familiar y la recuperación de tasas de natalidad saludables parecen el desafío más importante actualmente en un continente amenazado de consunción por senilidad. Como señala Haaland Matlary: “[L]a labor política más acuciante de Europa consiste en reparar los desequilibrios relativos a la familia: los Estados no deben asumir una postura de “neutralidad” en esta materia, sino decir claramente que es preferible el matrimonio a la cohabitación, y que los divorcios son tristes tragedias y no una práctica normal. [...] Hay relativamente pocos políticos que se atrevan a hablar claro sobre

este tema, porque políticamente es más correcto decir que las cuestiones de “estilo de vida” son asuntos privados. Puede que así sea, pero lo que sí es una cuestión pública son las condiciones para educar a los hijos. De ahí la importancia pública de una familia estable”[163].

d) Finalmente, en lo que se refiere al papel de la religión en la vida pública –el tercero de los campos de batalla que hemos analizado en este trabajo- es posible demostrar estadísticamente que la creencia y la práctica religiosas resultan, por así decir, “socialmente deseables” desde una perspectiva cosmovisionalmente neutral (esto es, no en virtud de la veracidad o no de su contenido teológico-metafísico y su mensaje salvífico, sino en virtud de los resultados observables en los creyentes); los cristianos practicantes son, como promedio, mejores ciudadanos[164] y mejores padres[165] que los indiferentes, ateos y agnósticos: tienen más hijos, se divorcian menos, cometen menos delitos, donan más a entidades benéficas (2210 dólares/año en EEUU, frente a 642 en los ateos y agnósticos)[166], son más cumplidores de sus obligaciones cívicas ...[167].

---

NOTA: He traducido al castellano todas las citas de obras extranjeras.

[1] Vid. CONTRERAS, Diego, *La Iglesia católica en la prensa: Periodismo, retórica y pragmática*, EUNSA, Pamplona, 2004.

[2] “El arzobispo de Granada: si la mujer aborta, el varón puede abusar de ella” (<http://www.elcorreoweb.es/andalucia/079125/arzobispo/granada/mujer/aborta/varon/abusar>)

[3] La frase manipulada fue ésta: “el aborto libre da a los varones la licencia absoluta, sin límites, de abusar del cuerpo de la mujer, porque la tragedia se la traga ella” (vid.: <http://www.outono.net/elentir/2010/01/10/manipulan-unas-declaraciones-del-arzobispo-de-granada-para-pedir-suencarceramiento/>). Los titulares de prensa omitieron sagazmente las últimas palabras. Por lo demás, del resto de la homilía se desprende claramente que el aborto libre es un mirlo blanco para el depredador sexual donjuanesco, que queda eximido de las consecuencias genésicas de sus devaneos. El varón volará alegre en pos de la próxima conquista, en tanto que el quirófano y el trauma moral vitalicio son para la mujer. Este es el “abuso” al que se refería Javier MARTÍNEZ (para condenarlo, no para justificarlo).

[4] HUNTINGTON, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997. En una línea similar: KAGAN, Robert, *El retorno de la Historia y el fin de los sueños*, Taurus, Madrid, 2008.

[5] “Nuestro mundo [occidental] [...] está en guerra consigo mismo. Una casa dividida, como se dijo hace dos mil años, no puede durar. Esta es una sociedad en transición, donde la vida se relativiza [aborto, eutanasia ...] y la cultura judeo-cristiana es desterrada de la plaza pública. [...] Pero la utopía poscontemporánea occidental –el secularismo extremo- que la sustituye está llamada a ser tan efímera, una o dos generaciones, como para no alcanzar siquiera la categoría de anécdota” (ALONSO, M., *Doce de septiembre: La guerra civil occidental*, Gota a Gota, Madrid, 2006, p. 142). ALONSO entiende que la hegemonía creciente de la cultura progresista-secularista supone, en realidad, un lento suicidio civilizacional de Occidente.

[6] STEYN, Mark, *America Alone: The End of the World as We Know It*, Regnery Publishing, Washington DC, 2006, p. xlv.

[7] Vid. el último epígrafe del capítulo I. Uno de los argumentos aducidos por los adversarios de la inclusión de una referencia al cristianismo en la (fenechida) Constitución europea era que ésta podría ser percibida como excluyente por los “nuevos europeos” (inmigrantes de religión musulmana). Comenta al respecto Joseph Ratzinger: “Los musulmanes, a los que tantas veces se hace referencia en este aspecto, no se sentirán amenazados por nuestros fundamentos morales cristianos, sino por el cinismo de una cultura secularizada que niega sus propios principios básicos” (RATZINGER, Joseph, “La crisis de las culturas”, en *El cristiano en la crisis de Europa*, Cristiandad, Madrid, 2005, p. 31).

[8] RATZINGER, J., “La crisis de las culturas”, p. 42.

[9] Me he ocupado de la cuestión en CONTRERAS PELÁEZ, F.J., “Return of Religion and Western Cultural Divide”, European Ideas Network, 2010 ([http://www.europeanideasnetwork.com/files/2010/seminar\\_9juin/M.\\_CONTRERAS\\_intervention.doc](http://www.europeanideasnetwork.com/files/2010/seminar_9juin/M._CONTRERAS_intervention.doc)).

[10] MICKELTHWAIT, John – WOOLDRIDGE, Adrian, *God is Back: How the Global Revival of Faith is Changing the World*, The Penguin Press, Nueva York, 2009, p. 139.

[11] HABERMAS, Jürgen, “Religion in der Öffentlichkeit: Kognitive Voraussetzungen für den “öffentlichen Vernunftgebrauch” religiöser und säkularer Bürger”, en *Zwischen Naturalismus und Religion: Philosophische Aufsätze*, Suhrkamp, Francfort del M., 2005, p. 121). Sobre el tema, vid. BERGER, Peter L., *The Desecularization of the World: Resurgent Religion and World Politics*, Ethics and Public Policy Center, Washington DC, 1999

[12] SÉVILLIA, Jean, *Quand les catholiques étaient hors la loi*, Perrin, París, 2005, p. 287.

[13] Sobre la cristofobia europea, vid. WEILER, Joseph, *Una Europa cristiana: Ensayo exploratorio*, Encuentro, Madrid, 2003, p. 92 ss.; RÉMOND, René, *Le nouvel anti-christianisme: Entretiens avec Marc Lebourcier*, Desclée de Brouwer, París, 2005, p. 100 ss.; PERA, Marcello, *Por qué debemos considerarnos cristianos*, Encuentro, Madrid, 2010.

[14] “[En el clima cultural actual] Lo verdadero ya no existe, el anuncio de lo verdadero se considera fundamentalismo, y hasta la misma afirmación de lo verdadero produce miedo o suscita recelo” (PERA, M., “El relativismo, el cristianismo y Occidente”, en PERA, M. – RATZINGER, J., *Sin raíces: Europa, relativismo, Cristianismo, Islam*”, Península, Barcelona, 2006, p. 40).

[15] SPAEMANN, Robert, *Ética, política y cristianismo*, trad. de J.M<sup>a</sup> Barrio, Palabra, Madrid, 2007, p. 52.

[16] “Esta polarización no implica, desde luego, que todos y cada uno de los ciudadanos del país nutran las barricadas enfrentadas. [...] Pero las líneas de batalla están claramente dibujadas. Tanto el proceso político democrático como los tribunales son campos de batalla predilectos [de esta guerra cultural]. [...] [Estamos asistiendo a un] [C]onflicto de creencias y valores profundamente divisivo” (BERGER, Peter L., *The Limits of Social Cohesion: Conflict and Mediation in Pluralist Societies*, Bertelsmann, Oxford, 1998, p. 355).

[17] HUNTER, James Davison – BOWMAN, Carl (eds.), *The State of Disunion: 1996 Survey of American Political Culture*, Ivy, Va., 1996; HUNTER, James Davison, *Is There a Culture War?: A Dialogue on Values and American Public Life*, Barnes & Noble, Nueva York, 2006; *Culture Wars: The Struggle to Define America*, Basic Books, Nueva York, 1991.

[18] WEIGEL, George, “Talking the Talk: Christian Conviction and Democratic Etiquette”, en CROMARTIE, M. (ed.), *Disciples and Democracy: Religious Conservatives and the Future of American Politics*, Eerdmans Pub., Grand Rapids, 1994, pp. 90-94).

[19] HIMMELFARB, Gertrude, *One Nation, Two Cultures*, Random House, Nueva York, 2001.

[20] HIMMELFARB, G., *One Nation, Two Cultures*, cit., p. 116.

[21] “La división [cultural] que observamos hoy día es transversal a las divisiones de clase, igual que lo es a las divisiones religiosas, raciales, étnicas, políticas y sexuales” (HIMMELFARB, G., op. cit., p. 116).

[22] Sobre el tema, vid. MARCO, José M<sup>a</sup>, *La nueva revolución americana: Por qué la derecha crece en Estados Unidos, y por qué los europeos no lo entienden*, Ciudadela, Madrid, 2007; ALONSO, Martín, *La ciudad en la cima: Viaje por la historia y la cultura popular de Estados Unidos*, Tébar, Madrid, 2008; MICKELTHWAIT, J. – WOOLDRIDGE, A., *Una nación conservadora*, cit..

[23] En EEUU está creciendo el porcentaje de personas que se declaran contrarias al aborto (un 51%, según una encuesta de mayo de 2009; entre los votantes del Partido Republicano, el porcentaje alcanza el 70%): “Una mayoría de norteamericanos rechazan el aborto”, ABC, 16-05-2009 (<http://www.abcdesevilla.es/20090516/internacional-estados-unidos/mayoria-norteamericanos-rechazan-aborto-200905160149.html?cambio=1&urlini=www.abc.es>)

[24] Sobre el tema, vid. CAMPBELL, C.C., *The New Faithful: Why Young Adults Are Embracing Christian Orthodoxy*, Loyola Press, Chicago, 2002; MICKELTHWAIT, J. – WOOLDRIDGE, A., *God is Back*, cit., pp. 143-210.

[25] Vid. HIMMELFARB, G., op.cit., p. 130 ss. La rebelión contra el adoctrinamiento progresista en las escuelas ha encontrado incluso su (notable) novela: O’BRIEN, M.D., *La última escapada*, Libros Libres, Madrid, 2009.

[26] Por ejemplo, la plataforma Moral Majority fue fundada a finales de los 70 por un evangélico (Jerry Falwell), un católico (Richard Viguerie), un judío (Paul Weyrich) y un menonita (Howard Phillips). Sobre la progresiva superación de recelos interconfesionales en EEUU, vid. MICKELTHWAIT, A. – WOOLDRIDGE, A., *God is back*, cit., p. 102 ss..

[27] Así, el católico Robert P. GEORGE señala: “Nuestros verdaderos amigos son los que hemos encontrado en las trincheras del movimiento pro-vida: protestantes evangélicos, tanto negros como blancos” (GEORGE, R.P., “Bioethics and Public Policy”, cit., p. 296).

[28] “Esta “fractura ética” o “gran división” [...] atraviesa a todas las religiones. Los baptistas del Norte y del Sur [de EEUU] discrepan intensamente no sólo en cuestiones tales como la ordenación de mujeres y homosexuales, sino también en los valores morales y culturales en general. [...] Todas las iglesias (así como el judaísmo) han sido desgarradas por disputas sobre el matrimonio homosexual [...]” (HIMMELFARB, G., op. cit., p. 99). Las declaraciones del metropolitano (de la Iglesia ortodoxa rusa) Hilarion de Volokomolansk (septiembre de 2010) se sitúan exactamente en esta perspectiva: “Todas las versiones actuales del cristianismo pueden ser divididas en dos grandes grupos principales: tradicional y “progresista”. Hoy la distancia no es tanto entre los ortodoxos y los católicos, o entre los católicos y los protestantes, sino, más bien, entre los tradicionalistas y los progresistas. Algunos líderes cristianos, por ejemplo, nos dicen que el matrimonio entre un hombre y una mujer ya no es el único modo de construir una familia cristiana: existen otros modelos, y la Iglesia debería volverse adecuadamente «inclusiva» reconociendo modelos de comportamiento alternativos y dándoles su bendición oficial. Algunos tratan de persuadirnos de que la vida humana ya no es un valor absoluto, que se puede poner fin a ella en el seno materno y según la propia voluntad. En pocas palabras, a los tradicionalistas cristianos se le está pidiendo reconsiderar el propio punto de vista con la pretensión de mantenerse al paso con la modernidad” (“El Patriarcado de Moscú allana el camino del Papa en Inglaterra” [<http://infocatolica.com/blog/buhardilla.php/1009121001-el-patriarcado-de-moscu-allan>]).

[29] “¿Qué pasaría si la Iglesia católica aceptase el aborto, las prácticas homosexuales, la libertad de cada parroquia de establecer su propia doctrina, el clero femenino, el matrimonio

de los divorciados y las bodas gays? ¿Atraería eso a multitudes de personas? El experimento ya se ha hecho, durante muchos años y con millones de personas. Y el resultado, publicado en el reciente informe ARIS 2008, con entrevistas a 54.000 norteamericanos, es claro: las iglesias progresistas se mueren. El estudio, realizado por el Trinity College de la Universidad de Hartford, muestra que la Iglesia Episcopaliana ha perdido un 30 por ciento de sus feligreses en 7 años (de 2001 a 2008) y que la United Church of Christ, en la que se bautizó Barack Obama, ha perdido un 46,6% de sus adherentes en este tiempo” (GINÉS, P.J., “Las iglesias protestantes de EEUU pierden un tercio de sus fieles”, *La Razón*, 11-03-2009, <http://www.larazon.es/noticia/las-iglesias-progresistas-de-ee-uu-pierden-un-tercio-de-sus-fieles-2>).

[30] Datos exhaustivos en CAMPBELL, C.C., *The New Faithful*, cit..

[31] TRILLO-FIGUEROA, J., *La ideología invisible: El pensamiento de la nueva izquierda radical*, Libros Libres, Madrid, 2005, p. 113.

[32] GEORGE, R.P., “Religious Values and Politics”, en *The Clash of Orthodoxies*, cit., p. 251.

[33] GIRAUTA, J.C., *La eclosión liberal: Por qué los progres están tan nerviosos*, MR Ediciones, Madrid, 2006, p. 238.

[34] DE PRADA, J.M., “El fracaso de la derecha”, en *La nueva tiranía: El sentido común frente al Mátrix progre*, Libros Libres, Madrid, 2009, pp. 102; DE PRADA, J.M., “La cultura y la derecha”, en op. cit., pp. 104-105.

[35] Cf. REICH, W., *The Function of the Orgasm* [1942], Condor Books, 1979; REICH, W., *The Sexual Revolution* [1945], Vision Press, Londres, 1951.

[36] Cf. GRAMSCI, A., *Cuadernos de la cárcel* [1932-33], ERA, México DF, 1982. Sobre el sello gramsciano de la izquierda actual, vid. DE MATTEI, R., “¿Una Europa gramsciana?”, *Debate Actual*, nº5, Noviembre 2007, pp. 19-24.

[37] Cf. MARTÍN LÓPEZ, E., “La revolución sexual de Mayo del 68”, *Debate Actual*, nº7, Mayo 2008, pp. 38 y 43.

[38] MARCUSE, H., *El hombre unidimensional* [1965], Ariel, Barcelona, 1991; *Eros y civilización*, Ariel, Barcelona, 1981.

[39] HORKHEIMER, M., “El anhelo de lo Totalmente Otro”, en HORKHEIMER, M., *Teoría crítica y religión*, trad. de J.J. Sánchez, Trotta, Madrid, 2000, pp. 175-176.

[40] “Según el freudo-marxismo, la liberación sexual será liberación política, pues ambas se implican mutuamente y por la primera es posible obtener la segunda” (TRILLO-FIGUEROA, J., *La ideología invisible*, cit., p. 283).

[41] TORTELLA, G., *La revolución del siglo XX: Capitalismo, comunismo y democracia*, Taurus, Madrid, 2000, p. 353 ss.

[42] ROCELLA, E. – SCARAFFIA, L., “Introducción”, en ROCELLA, E. – SCARAFFIA, L., *Contra el Cristianismo: La ONU y la Unión Europea como nueva ideología*, trad. de L. Sanz, Ed. Cristiandad, Madrid, 2008, pp. 13-14.

[43] HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos depredados: Hacia una dictadura del relativismo*, trad. de M<sup>a</sup>J. García, Ed. Cristiandad, Madrid, 2008, p. 65.

[44] “Dada la posibilidad del fallo anticonceptivo, un mundo en el que el aborto no estuviera disponible sería uno en el que la gente tendría, o bien que practicar la autorrestricción sexual, o bien arriesgarse a ver sus vidas dramáticamente alteradas por las responsabilidades derivadas del cuidado de un hijo “no deseado”. Un panorama así resulta simplemente

inaceptable desde la perspectiva liberacionista” (GEORGE, R.P., “Religious Values and Politics”, cit., p. 253).

[45] Si alguien tenía alguna duda (para el “progresismo”, el aborto es imprescindible para gozar del sexo sin asumir las consecuencias), la secretaria de organización del PSOE Leyre PAJÍN ha sido categórica: “Leyre Pajín dice que la ley del aborto permitirá disfrutar de la sexualidad de forma segura” [<http://www.libertaddigital.com/sociedad/pajin-sobre-la-nueva-ley-del-aborto-permitira-disfrutar-de-la-sexualidad-de-forma-segura-1276359557/>]

[46] “[L]as recientes ampliaciones respecto a la libertad sexual se consideran un dogma indiscutible, al que hoy, en Europa, parece oponerse resueltamente una sola institución, la Iglesia católica. Con las denuncias [de los progresistas, que controlan, además, importantes organismos internacionales] [...] se la quiere encasillar en el papel de enemiga de los derechos humanos, de la libertad individual y, más en general, de la felicidad que la libertad sexual se supone que da a los seres humanos” (SCARAFFIA, L., “Los derechos humanos: realidad y utopía”, en ROCELLA, E.- SCARAFFIA, L., *Contra el cristianismo: La ONU y la UE como nueva ideología*, Ed. Cristiandad, Madrid, 2008, p. 100).

[47] “Reconozco que me asombró el hecho de que, frente a un representante autorizado del cristianismo, abierto y dialogante, los jóvenes se centraran exclusivamente en esta dimensión [la moral sexual] en el fondo accesoria de la Revelación cristiana. ¿Por qué quedarse en eso? [...]. Esta ocultación del debate filosófico y teológico en beneficio de la moral me parece un auténtico empobrecimiento intelectual” (RÉMOND, René – LÉBOUCHER, Marc, *Le christianisme en accusation*, Albin Michel, París, 2005, pp. 160-161).

[48] Las discusiones filosófico-políticas transcontinentales se llenan de equívocos a causa del distinto alcance del término “liberalismo” en EEUU y Europa. En Europa, un “liberal” es un partidario del Estado limitado, de la escasa interferencia del Estado en la vida económica y social; en cambio, la palabra *liberal* tiene en EEUU un significado parecido al de la palabra española “progresista” o “izquierdista” (a saber, alguien partidario del intervencionismo keynesiano-socialdemócrata ... y, cada vez más, también de las reivindicaciones liberacionistas propias de la izquierda sesentayochista). De ahí que Robert P. George proponga distinguir entre un “liberalismo a la antigua” (el liberalismo en sentido europeo), que sería plenamente compatible con el catolicismo, y un “liberalismo contemporáneo [progresista]” que no lo es. En los últimos tiempos, indica George, se tiende a asociar la posición liberal con la defensa de la permisividad sexual y la cultura de la muerte [aborto-eutanasia]. Pero el liberalismo clásico no significaba eso: “Hay, sin embargo, otro liberalismo. Y [...] este liberalismo a la antigua no sólo es coherente con la fe católica, sino que incluso resulta exigido por ésta. No es el liberalismo del aborto, la eutanasia y la revolución sexual. Es, más bien, el liberalismo del Estado de Derecho, del autogobierno democrático, de la subsidiariedad, de la solidaridad social, del gobierno limitado, de la igualdad ante la ley, y de las libertades básicas, tales como las de expresión, prensa, reunión y, sobre todo, religión”. Esto es, si se quiere [...] un “liberalismo conservador”. Es el liberalismo de Lincoln y de los fundadores de Estados Unidos, el de Newman y Chesterton, el del Concilio Vaticano II y Juan Pablo II. Un liberalismo de la vida” (GEORGE, R.P., “Liberal Political Theory and the Culture of Death”, en *The Clash of Orthodoxies*, cit., p. 56).

[49] Las feministas clásicas habrían quedado horrorizadas ante las reivindicaciones y teorías de sus sucesoras. De ahí que se haya hablado de un “robo” o secuestro del feminismo por el freudomarxismo en los 60-70: vid. HOFF SOMMERS, C., *Who Stole Feminism?*, Simon & Schuster, Nueva York, 1997.

[50] HANISCH, C., “The Personal is Political” [1970] (<http://scholar.alexanderstreet.com/pages/viewpage.action?pageId=2259>)

[51] FRIEDAN, B., *The Feminine Mystique* [1963], W.W. Norton & Co., Nueva York, 2001.



[52] Destacan en esta “segunda ola” autoras como Kate MILLETT, Shulamith FIRESTONE o Germaine GREER: MILLETT, K., *Sexual Politics*, Doubleday, Nueva York, 1970; GREER, G., *The Female Eunuch*, McGibbon & Kee, Londres, 1970; FIRESTONE, S., *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, Morrow, Nueva York, 1970.

[53] Sobre el tema, vid. TRILLO-FIGUEROA, J., *La ideología de género*, Libros Libres, Madrid, 2009; LACALLE NORIEGA, M. – MARTÍNEZ PERONI, P. (eds.), *La ideología de género: Reflexiones críticas*, Ciudadela, Madrid, 2009.

[54] « L’existentialisme athée, que je représente [...] déclare que si Dieu n’existe pas, il y a au moins un être chez qui l’existence précède l’essence, un être qui existe avant de pouvoir être défini para aucun concept, et que cet être c’est l’homme [...] » (SARTRE, J.P., *L’existentialisme est un humanisme* [1945], Nagel, París, 1970, p. 21).

[55] Cf. BEAUVOIR, S. de, *Le deuxième sexe* [1949], Gallimard, París, 1986.

[56] Vid. BUTLER, J., *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2007.

[57] Especialmente reveladora es la Estrategia Nacional de Salud Sexual y Reproductiva del Ministerio de Sanidad (2009). Algunas perlas: “el derecho a tener prácticas sexuales no reproductivas” es un “derecho humano universal, basado en la libertad, dignidad e igualdad” (p. 7); la Estrategia aboga por “un concepto positivo de la salud sexual que incluye el bienestar, la satisfacción y el placer, dejando de lado la concepción de la sexualidad ligada a la represión, el miedo y lo moralmente bueno o malo” (p. 14); “el mito del instinto maternal, supuestamente natural e intrínseco, predestina a las mujeres a ser madres para que posteriormente se dediquen al cuidado de las criaturas”; “el rol maternal tiene efectos profundos [...] en la desigualdad sexual” (p. 27); “la maternidad no es un hecho natural” (p. 28). Cf.: <http://www.profesionalesetica.org/wp-content/uploads/2010/02/Estrategia-Nacional-de-Salud-Sexual-y-Reproductiva-11112009.pdf>. Me ocupé de la cuestión en CONTRERAS, F.J., “El sexo a lo Aído” (ABC de Sevilla, 4-03-2010: [http://www.abc.es/hemeroteca/historico-04-03-2010/sevilla/Opinion/el-sexo-a-lo-aido\\_1134217296884.html](http://www.abc.es/hemeroteca/historico-04-03-2010/sevilla/Opinion/el-sexo-a-lo-aido_1134217296884.html)).

[58] ROCELLA, E., “No crezcáis, no os multipliquéis”, cit., p. 163. Para una propuesta de reformulación del feminismo en clave pro-familia, vid. HAALAND-MATLARY, J., *El tiempo de las mujeres: Notas para un nuevo feminismo*, Rialp, Madrid, 2002.

[59] “Lo que en realidad ocurre, es que las mujeres se quedan solas, con su tremenda carga de responsabilidad, frente al deseo individual, a las presiones culturales, a la exigencia del mercado y a las opciones ofrecidas por la ciencia médica” (ROCELLA, E., “No crezcáis, no os multipliquéis”, cit., p. 157).

[60] VALCÁRCEL, A., “El derecho al mal”, en *Sexo y filosofía*, Anthropos, Barcelona, 1991, pp. 164-165.

[61] Por más que pese a los juristas “progresistas” –alérgicos a la noción de Derecho natural, por sus connotaciones cristianas y objetivistas- el desarrollo de los derechos humanos tras la Segunda Guerra Mundial evidenció una clara inspiración iusnaturalista; tras los desmanes nazis (jurídicamente válidos y democráticamente legitimados, al menos al principio), se comprendió que “el Derecho debía recuperar algo de indiscutible, algo que pudiera tomarse como punto de partida, “natural” y no controvertido, del que nadie pudiera separarse” (ZAGREBELSKY, G., *El Derecho dúctil: ley, derechos, justicia*, trad. de M. Gascón, Trotta, Madrid, 1995, p. 68). En un sentido similar: “Los derechos humanos se pusieron por escrito para dar respuesta al

relativismo político y jurídico de la Alemania de Hitler” (HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos depredados*, cit., p. 27).

[62] “El nacionalsocialismo supo encadenar a sus adeptos –en ocasiones los soldados, en otras los juristas- por medio de dos principios: “una orden es una orden” y “la ley es la ley”. [...] El principio “la ley es la ley” imperó sin restricción alguna. [Este principio] Era la expresión del pensamiento jurídico positivista, que durante muchas décadas dominó casi sin rival a los juristas alemanes. Tanto el desafuero legal [*gesetzliches Unrecht*], como el Derecho supralegal [*übergesetzliches Recht*] aparecían, ante él, como intrínsecas contradicciones” (RADBRUCH, G., “Gesetzliches Unrecht und übergesetzliches Recht” [1946], en KAUFMANN, A.–BACKMANN, L.E.(eds.), *Widerstandsrecht*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1972, p. 349).

[63] Cf. UNESCO, *Human Rights: Comments and Interpretations*, Wingate, Londres, 1949, p. 168.

[64] McKEON, R., “The philosophic bases and material circumstances of the rights of men”, en UNESCO, *Human Rights: Comments and Interpretations*, cit., p. 35 ss.

[65] “Ese día [el día en que “pasaría factura” la decisión de no abordar la cuestión del fundamento de los derechos] ha llegado. En Europa, donde se está llevando a cabo un enorme experimento supranacional, el problema es cada vez más acuciante. [...] [E]l intento de alcanzar un Estado basado en los derechos humanos tiene lugar en un momento en que hay cada vez menos confianza en la capacidad para definir esos derechos de forma objetiva” (GLENDON, M.A., “Prefacio”, en HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos depredados*, cit., p. 23). La ausencia de una conciencia clara del *por qué* de los derechos tenía que afectar tarde o temprano a su *qué*. Está ocurriendo en la actualidad, con la constante invención de “nuevos derechos”.

[66] Sobre el principio de intervención humanitaria, vid. PELÁEZ MARÓN, J.M., “La evolución del principio de no intervención en el Derecho internacional del siglo XX”, *Anuario Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional*, 11 (1994), pp. 45-87; TESÓN, F.R., *Humanitarian Intervention: An Inquiry into Law and Morality*, Transnational Publishers, Irvington on Hudson, 1997; ORFORD, A., *Reading Humanitarian Intervention: Human Rights and the Use of Force in International Law*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003; CONTRERAS PELÁEZ, F.J., *Kant y la guerra*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2007, p.

[67] “Pensar que alguien puede descubrir objetivamente verdades morales válidas es ciertamente [hoy día] una posición no políticamente correcta” (HAALAND MATLARY, J., *Derechos ...*, cit., p. 35). “La paradoja de la moderna democracia europea es precisamente ésta: enseñamos e imponemos derechos humanos por todo el mundo, pero nos negamos a definir la esencia de dichos derechos en nuestro país. [...] Ya no creemos que haya una naturaleza humana común –y, por tanto, derechos humanos- y tampoco creemos que el concepto “verdad” signifique algo” (op. cit., pp. 36-37).

[68] Tal era, básicamente, el esquema moral aristotélico-tomista que informó durante siglos la cultura occidental (la ética prescribe los comportamientos que *objetivamente* contribuyen a realizar la naturaleza humana, a que el hombre alcance su *télos*), y al que, arguye Alasdair MACINTYRE, no se ha sabido encontrar un recambio adecuado después de la Ilustración: “Su estructura básica es la que Aristóteles analizó en la *Ética a Nicómaco*. Dentro de ese esquema teleológico es fundamental el contraste entre “el-hombre-tal-como-es” y “el-hombre-tal-como-podría-ser-si-realizara-su-naturaleza-esencial”. La ética es la ciencia que hace a los hombres capaces de realizar la transición del primer estado al segundo. [...] Los preceptos que ordenan las diversas virtudes y prohíben sus vicios contrarios nos instruyen acerca de cómo pasar de la potencia al acto, cómo realizar nuestra verdadera naturaleza y alcanzar nuestro verdadero fin” (MACINTYRE, A., *Tras la virtud*, trad. de A. Valcárcel, Crítica, Barcelona, 1987, pp. 75-76).

[69] KENNEDY, D., *El lado oscuro de la virtud: Reevaluando el humanitarismo internacional*, trad. de F.J. Contreras e I. de la Rasilla, Almuzara, Sevilla, 2007, p. 97.

[70] HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos depredados*, cit., p. 38.

[71] KECK, M.E. – SIKKINK, K., *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 1998.

[72] “Es obvio que cualquier postura puede encontrar su “prueba” científica en un mercado global” (HAALAND MATLARY, J., op. cit., p. 89).

[73] HAAS, P.M., “Epistemic communities and international policy coordination”, *International Organization*, 46-1, 1992.

[74] Así, la “Declaración de Madrid” (en la que más de dos mil académicos de alto nivel proclamaron la evidencia científica del comienzo de la vida humana en la concepción: <http://derechoavivir.org/declaracion-de-madrid/>) no dejó de ser contestada por un puñado de biólogos afines al PSOE, que aseguraron que “el momento en que puede considerarse humano un ser no puede establecerse mediante criterios científicos”: vid. [http://www.elpais.com/articulo/sociedad/elite/cientifica/desautoriza/colegas/antiabortistas/elpepisc/20090327elpepisc\\_4/Tes](http://www.elpais.com/articulo/sociedad/elite/cientifica/desautoriza/colegas/antiabortistas/elpepisc/20090327elpepisc_4/Tes)).

[75] Cf., entre tantos posibles: GONZÁLEZ, M<sup>a</sup>M., “Nuevos modelos familiares” ([http://www.felgt.org/\\_felgt/archivos/147\\_es\\_Nuevos modelos familiares.pdf](http://www.felgt.org/_felgt/archivos/147_es_Nuevos%20modelos%20familiares.pdf)). Tras argüir – basándose en una muestra de sólo catorce parejas- que los niños educados por parejas homosexuales tienen mejores habilidades sociales, mayor autoestima, mejor “ajuste emocional y comportamental” que los niños educados por padre y madre, la autora concluye con una declaración ideológica de principios que delata lo que al parecer *había que demostrar* “a toda costa”: “Estos datos apuntan a la necesidad de efectuar una *deconstrucción* del concepto de familia que tradicionalmente hemos compartido en nuestra sociedad, puesto que otros núcleos familiares parecen ejercer las mismas funciones y configurar entornos favorecedores del desarrollo infantil y adolescente” (op. cit., p. 10).

[76] “[L]a ideología de género es una aliada objetiva de los grupos de presión occidentales [incluyendo la UE y las agencias de la ONU] que promueven políticas antinatalistas en los países en vías de desarrollo, desde una posición neomaltusiana, contraria a la evidencia de que a largo plazo la tasa de natalidad elevada tiene un efecto positivo para la economía” (MIRÓ i ARDÉVOL, J., *El fin del bienestar ...y algunas soluciones políticamente incorrectas*, Ciudadela, Madrid, 2008, , p. 149).

[77] SOCCI, A., *El genocidio censurado. Aborto: mil millones de víctimas inocentes*, Cristiandad, Madrid, 2007, pp. 164-174.

[78] EHRLICH, P.R., *The Population Bomb: Population Control or Race to Oblivion?*, Ballantine Books, 1968.

[79] Datos en ROCELLA, E., “No crezcáis, no os multipliquéis”, cit., p. 125.

[80] ROCELLA, E., op. cit., p. 127.

[81] SCARAFFIA, L., “Los derechos humanos: realidad y utopía”, en SCARAFFIA, L.-ROCELLA, E., *Contra el cristianismo: La ONU y la Unión Europea como nueva ideología*, cit., p. 80.

[82] Tras comprobar cómo en la conferencia de Pekín numerosos delegados –sobre todo europeos- buscaban excluir *de facto* dos derechos de la Declaración Universal de 1948 –la libertad religiosa y la protección de la familia- para hacer sitio a los “nuevos derechos” (a la libertad sexual ilimitada y al aborto: ambos obstaculizados por la resistencia de las religiones y por la existencia de la familia), GLENDON tomó la decisión de escribir un libro que defendiera la universalidad y vigencia de la “vieja” Declaración: GLENDON, M.A., *A World Made New*:

*Eleanor Roosevelt and the Universal Declaration of Human Rights*, Random House, Nueva York, 2002.

[83] Las administraciones Republicanas se han caracterizado por la defensa del derecho a la vida (dentro del reducido margen de maniobra que permite la sentencia *Roe vs. Wade* de 1973), en tanto que las Demócratas (CLINTON, OBAMA) se significaban por la defensa a ultranza del aborto libre. Por ejemplo, la administración de George W. BUSH consiguió la prohibición del “aborto por nacimiento parcial” (inducción del parto de un feto de 6 o 7 meses, al cual le es succionado el cerebro mediante una incisión en la base del cráneo cuando la cabeza ya asoma y el tronco está aún dentro) (*Partial-Birth Abortion Ban Act*, 2003); la aprobación de una norma (*Born Alive Infant Protection Act*, 2003) que ordena prestar atención médica a los fetos de tercer trimestre que consiguen sobrevivir a un aborto; adoptó la “Mexico City Policy” (prohibición de que fueran financiadas con fondos federales cualesquiera organizaciones que promovieran el aborto fuera de las fronteras norteamericanas); la prohibición de la financiación federal de la experimentación con embriones ... Barack OBAMA – cuyo acceso al poder fue celebrado por muchos católicos indocumentados, pese a haber recibido una calificación 100 [la máxima posible] por parte de organizaciones abortistas como NARAL o *Planned Parenthood*, en virtud de su constante defensa del aborto- se apresuró a derogar la “Mexico City Policy” (sólo dos días después de su toma de posesión: 23 de enero de 2009), a restablecer la financiación de la experimentación con embriones (9-03-2009) ... Vid. datos en *Catholic Family and Human Rights Institute*: <http://www.c-fam.org/>.

[84] (HAALAND MATLARY, J., *Derechos ...*, cit., pp. 195 y 201).

[85] “La Iglesia católica se encuentra actualmente en primera fila de la oposición [...] a la concepción implícita de la persona aceptada por las organizaciones internacionales. El mundo, por tanto, necesita a esta Iglesia más que nunca [...]”(WEIGEL, G., *Benoît XVI : Le choix de la vérité*, trad. de G. Hocmard, Mame-Edifa-Magnificat, París, 2008, p. 327).

[86] El Vaticano dispone desde 1945 de un estatuto de observador permanente en Naciones Unidas. Apoyan la campaña anti-vaticana grupos como “Catholics for a Free Choice”, Madres de la Plaza de Mayo, “Open Mind”, “Círculo gay-lésbico Maurice” ... Vid.: <http://www.seechange.org/>.

[87] *Comisión de los derechos de la mujer y la igualdad de oportunidades* (Unión Europea), “Relación sobre las mujeres y el fundamentalismo”, 2001 (citado por SCARAFFIA, L., op. cit., p. 94).

[88] “Hablar de “fundamentalismos” incluyendo en ellos también a la Iglesia impide a los católicos expresar su opinión sobre cuestiones de bioética y, más en general, impide a cualquiera hablar en nombre de un código ético-sexual diferente del asumido como indiscutible por la UE: toda declaración en tal sentido es considerada como una intrusión indebida de la religión en el espacio público” (SCARAFFIA, L., “Los derechos ...”, cit., p. 104).

[89] Ambos pasajes citados en SCARAFFIA, L., *Los derechos humanos ...*, cit., p. 94.

[90] *Comisión de Derechos Humanos del Parlamento Europeo*, Informe 2002 (citado por SCARAFFIA, L., op. cit., p. 92).

[91] STEYN, M., *America Alone*, cit., p. 110.

[92] Sobre el tema, vid.: OLLERO TASSARA, A., *Bioderecho: Entre la vida y la muerte*, Thomson-Aranzadi, Pamplona, 2006; BALLESTEROS, J. – FERNÁNDEZ, E.(eds.), *Bioteología y posthumanismo*, Thomson-Aranzadi, Pamplona, 2007.

[93] “[D]esde el momento en que las imágenes religiosas del hombre [...] han sido prácticamente destruidas, el hombre se ha convertido en cosa y materia. [...] La sacralidad del

hombre y de su cuerpo cae así en el olvido más completo” (REALE, G., *Raíces culturales y espirituales de Europa*, Herder, Barcelona, 2005, p. 114).

[94] “En nuestra cultura hemos llegado a considerarnos como meramente animales, uno más entre los productos exóticos de las ciegas fuerzas de la evolución. En consecuencia, nos tratamos como tratamos a otros animales” (WIKER, B., “Arquitectos de la cultura de la muerte”, *Debate Actual*, nº2, Febrero 2007, p. 22).

[95] Lo que supuestamente acordaríamos en un debate sometido a ciertas condiciones ideales: es la idea del consenso hipotético que subyace a las teorías éticas de John RAWLS o Jürgen HABERMAS.

[96] Los seis autores citados –que se cuentan entre los filósofos morales y jurídicos más importantes de las últimas décadas- dirigieron en 1997 al Tribunal Supremo de los EEUU un documento *amicus curiae* en el que solicitaban el reconocimiento del suicidio asistido como un derecho federal (cf. GEORGE, R.P., “Liberal Political Theory and the Culture of Death”, en *The Clash of Orthodoxies*, cit., p. 39). Ronald DWORKIN –el filósofo del Derecho más influyente de los últimos 30 años- ha dedicado un libro entero a la defensa implacable del derecho al aborto y al suicidio asistido: DWORKIN, R.M., *Life’s Dominion: an Argument about Abortion, Euthanasia and Individual Freedom*, Vintage Books, Nueva York, 1994.

[97] *Gaudium et Spes*, 27.

[98] Hilarión a su esposa Alis en el siglo I: “Sabe que estoy en Alejandría [...]. Te ruego que cuides de nuestro hijito [...]. Si das a luz, consérvalo si es varón, y, si es hembra, desembarázate de ella” (P. Oxy. IV, 744; citado en LEIPOLDT, J.- GRUNDMANN, W., *El mundo del Nuevo Testamento*, vol. II, Ed. Cristiandad, Madrid, 1973, p. 67) [agradezco la referencia a Miguel A. GARCÍA OLMO].

[99] También la práctica del aborto se ceba preferentemente en los fetos de sexo femenino (especialmente en China, la India, etc.). En los países en que el aborto lleva muchos años legalizado, la pirámide de población presenta un significativo escoramiento hacia el sexo masculino (siendo así que, en condiciones naturales, el número de hembras siempre ha superado al de varones). Nueva paradoja de la gran conquista “feminista”. La misma ONU (cada vez más entusiasta de los “derechos reproductivos”) reconoce que faltan en el mundo 163 millones de mujeres: cf. “Asia, el continente masculino: Los abortos selectivos han dejado a China e India con un gran desequilibrio de sexos”: [[http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Asia/continente/masculino/elpepisoc/20071113elpepisoc\\_4/Tes/](http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Asia/continente/masculino/elpepisoc/20071113elpepisoc_4/Tes/)]). Cf. SOCCI, A., *El genocidio censurado*, cit., p. 40.

[100] Sobre el significativo episodio de “sedaciones terminales” en el Hospital Severo Ochoa, vid. LOSADA, C., *Morfina roja*, Libros Libres, Madrid, 2008.

[101] Surge así el concepto del “transhumanismo”: la posibilidad de mejorar la especie (o crear una nueva) mediante la automanipulación genética. Comenta Elio SGRECCIA: “Esta neurosis del poder transformante es [...] una especie de delirio, pero que es connatural al hombre que ha perdido el sentido de su origen. [...] [P]ara ser creadores, se debe pensar que no hay Creador” (SGRECCIA, E., “Entrevista”, *Debate Actual*, nº2, Febrero 2007, p. 89).

[102] SINGER, P., *Ética práctica*, trad. de R. Herrera, Akal, Madrid, 2009, p. 96.

[103] SINGER, P., op. cit., p. 124.

[104] (op. cit., pp. 176-177).

[105] Vid. SPAEMANN, R., “Engendrado, no hecho”, en SPAEMANN, R., *Ética, política y cristianismo*, cit., p. 243 ss.

[106] Es significativo que la causa del *nasciturus* –aunque defendible desde posiciones agnósticas- sea, en la práctica, casi exclusivamente asumida por cristianos: “los grupos que siguen oponiéndose al aborto y que advierten contra los peligros [...] de la eutanasia son cristianos [...]. En el cristianismo, la dignidad de toda vida humana tiene un profundo significado” (HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos depredados*, cit., p. 179).

[107] El filósofo Fernando R. TESÓN llama “giro moral” a la falacia consistente en tratar como cuestiones normativas puras (zanjables mediante la simple apelación a principios morales: por ejemplo, el aborto o la pena de muerte) problemas cuya solución correcta requiere un amplio volumen de información empírica. Incorre en “giro moral”, por ejemplo, el moralista o el filósofo que –no sabiendo nada sobre teoría económica- se arriesga a defender unas u otras fórmulas de política económica “porque le parecen más justas”: “La respuesta a la mayor parte de los problemas sociales y políticos es empírica, y no normativa. Al decir esto no pretendo defender la poco plausible tesis de que la legislación carezca de metas morales. Lo que quiero decir es que pocos problemas políticos pueden ser resueltos mediante meras fórmulas abstractas. Para afrontar apropiadamente la mayor parte de los asuntos de interés público hay que comprender complejas cadenas causales empíricas. Rehusar hacerlo es malo por muchas razones; una de ellas es que esta negativa moraliza la política indebidamente: hace posible el Giro Moral ([...] [a saber] la falacia de tratar una cuestión empírica como si fuese una cuestión normativa)” (TESÓN, F.R., “Kantismo y legislación”, trad. de F.J. Contreras, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, nº4 (2009), p. 215).

[108] WOODS, TH.E., *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*, Ciudadela, Madrid, 2007.

[109] WOODS, TH. E., *Por qué el Estado sí es el problema: Una defensa católica de la economía libre*, trad. de I. Azurmendi, Ciudadela, Madrid, 2008, p. 155; cf. pp. 31-32.

[110] Cf. datos en DE DIEGO, E., *Los nuevos clérigos*, Libros Libres, Madrid, 2005, p. 225 ss.

[111] Citado por VELARDE FUENTES, J., “Prólogo”, en WOODS, TH.E., *Por qué el Estado sí es el problema*, cit., p. 21.

[112] *United States Catholic Conferencelll, Liturgical Press, Collegeville (Min.), 2004., “Statement on Abortion”, “Statement in Protest of U.S. Government Programs against the Right to Life” y “Pastoral Plan for Pro-Life Activities”, en Pastoral Letters of the United States Catholic Bishops, vol.*

[113] Que este tipo de documentos “progresistas” respondían a una evidente interiorización (aceptación) de la crítica izquierdista a la actitud pro-vida de la Iglesia (“los católicos se preocupan mucho de la vida intrauterina, y nada de la extrauterina”) queda patente, por ejemplo, en este párrafo de *The Challenge of Peace*: “Quienes defienden el derecho a la vida de los más débiles deben ser igual de explícitos en el apoyo a los desvalidos [...]. Esta defensa de la calidad de vida debería traducirse en la adopción de posturas específicas en cuestiones de política fiscal, creación de empleo, políticas asistenciales y asistencia sanitaria” (BERNARDIN, J. Card., “Fordham Lecture”, en FUECHTMANN, TH.G. (ed.), *Consistent Ethic of Life*, Sheed & Ward, Kansas City, 1988, p. 1).

[114] De hecho, la política de rearme (exactamente la contraria de la recomendada por los obispos) de la administración REAGAN –el mensaje de fortaleza y resolución que se hizo llegar a los soviéticos a través de él- contribuyó sin duda a la crisis final de la URSS y a que el totalitarismo soviético fuese derrotado a finales de los 80 sin necesidad de disparar un solo tiro. Vid. al respecto, entre muchos posibles: O’SULLIVAN, J., *El Presidente, el Papa y la Primera Ministra: Un trío que cambió el mundo*, trad. de D. Mateovich, Gota a Gota, Madrid, 2007.

[115] “[Los “nuevos modelos familiares”] [S]on formas accidentales de la familia. No se puede definir el sentido de la familia a partir de la relación monoparental. El niño necesita un hombre

y una mujer, necesita un padre y una madre [...] La forma monoparental no puede ser un modelo de vida familiar” (ANATRELLA, T., “Entrevista con Tony Anatrella”, *Debate Actual*, nº7, Mayo 2008, p. 72). La misma censura ideológica que se ejerce para ocultar la superioridad objetiva del modelo tradicional de familia (desde el punto de vista de sus resultados sociales y educativos), se aplica al enmascaramiento de los efectos devastadores del divorcio sobre los niños: es una “verdad incómoda” que no debe ser comentada: “Cuando los padres cuentan al niño: “mira, papá y mamá ya no se aman [y se van a separar], pero continuaremos amándote a ti”, el niño no lo comprende. El niño dirá: “no, si no os amáis ya, no podéis amarme a mí”. ¿Por qué? Porque el amor parental llega al niño como amor conyugal” (“Entrevista con Tony Anatrella”, cit., p. 72). Una censura similar se ejerce sobre la incapacidad de los “padres sobrevenidos” para asumir adecuadamente la función parental (como supo desde siempre el genio popular, que nunca trató muy bien a las madrastras en los cuentos tradicionales ...): “Igualmente se habla de familias que se han rehecho en las que se obliga al adulto que se asocia al padre o madre a desempeñar un papel parental. No es posible, no es el verdadero padre o madre del niño. [...] Nos equivocamos cuando dejamos entrever que la paternidad puede cortarse en trocitos pequeños [recomponibles]; esto da una imagen psicótica de la familia y de la sociedad” (op. cit., pp. 72-73).

[116] Cf., entre muchos posibles: FAGAN, P.F. – RECTOR, R.E., “The Positive Effects of Marriage: A Book of Charts” (<http://www.heritage.org/Research/Features/Marriage/index.cfm>).

[117] Chesterton tenía un mensaje para esos jóvenes que rehúsan “atarse” conyugalmente porque “no pueden saber cómo evolucionarán sus sentimientos”: “La cuestión del matrimonio es ahora un problema de estado de ánimo. Sus enemigos [...] insistieron en que nadie puede asegurar que va a ser la misma persona el próximo mes, ni siquiera el próximo minuto, y que lo asaltarán nuevas e innumbrables torturas si su mujer usa un sombrero diferente [...]. La razón, antes que la religión, tiene una respuesta contundente: “si usted piensa de esa manera, ciertamente no podrá fundar una familia; ni ninguna otra cosa. No podrá construir casas, no podrá crear sociedades, no podrá dedicarse a ninguna de las ocupaciones de este mundo. No podrá plantar un árbol, porque la semana que viene podría lamentar no haberlo plantado en otra parte [...]. Su estado de ánimo está marcado por la cobardía y la esterilidad [...]. Muy bien; si usted lo quiere, que así sea [...]. Será respetado por su sinceridad, será compadecido por su sensibilidad. [...] Deje el mundo a los que piensan que el hombre puede hacer casas, sociedades, obras, compromisos que se cumplan. Y si para guardar una promesa [...] o comportarse como un ser humano es preciso creer que Dios hizo al hombre, [...] por lo menos debe dar una oportunidad a esos crédulos fanáticos” (CHESTERTON, Gilbert K., “El manantial y la ciénaga”, en *Por qué soy católico*, El Buey Mudo, Madrid, 2009, pp. 512-513).

[118] SPAEMANN, R., *Ética, política y cristianismo*, cit., p. 40.

[119] (MIRÓ, J., *El fin del bienestar*, cit., p. 142).

[120] La tasa de nupcialidad (porcentaje de parejas casadas en relación a la población total) descendió un 8,74% en España entre 1996 y 2007. En Francia, el descenso fue del 13,07%; en Italia, del 14,08%; en Alemania, del 14,18%; en Portugal, del 30,96%. Cf.: <http://www.religionenlibertad.com/noticias/las-grandes-potencias-europeas-pasan-matrimonio>.

[121] Digo sólo “europeas” porque los EEUU gozan aún de una tasa de natalidad saludable: 2’1 hijos/mujer (exactamente la tasa de sustitución generacional).

[122] Los subsidios familiares españoles se encuentran entre los más bajos de la Unión Europea. Una familia con dos hijos percibe 238 € mensuales en Francia, 308 € en Alemania, 187 € en Gran Bretaña, 48 € en España (además, sólo en el caso de que la unidad familiar perciba ingresos inferiores a 1000 € mensuales). Una familia con cuatro hijos percibe 663 € en

Francia, 641 € en Alemania, 337 € en Gran Bretaña, 96 € en España (cf. MATHIEU, A., *Le modèle anti-social français: Ceux qui paient, ceux qui touchent*, Éditions du Cri, París, 2008, p. 77).

[123] Josep MIRÓ hace una buena enumeración: ley que modifica el Código Civil para hacer posible el matrimonio homosexual con adopción (3-07-2005), sustituyendo en el mismo los términos “hombre” y “mujer” por “cónyuges”; Ley Integral de Protección contra la Violencia de Género (28-12-2004): impide la reconciliación en caso de conflicto y aplica una pena superior al mismo delito, según que sea cometido por un hombre o una mujer; ley de Fecundación Asistida (25-05-2006): se suprimen los requisitos que se exigen en otros países a las mujeres que se someten a procedimientos de fecundación asistida que dispongan de pareja estable, que los espermatozoides sean de su pareja, etc.; nueva Ley del Divorcio (8-07-2005) ...” (vid. MIRÓ, J., *El fin del bienestar*, cit., p. 165 ss.).

[124] Richard RORTY, por ejemplo, considera que los argumentos religiosos funcionan como “bloqueadores conversacionales [conversation-stoppers]” que hacen imposible el diálogo; en esa medida, deben ser totalmente proscritos del debate público: cf. RORTY, R., “Religion in the Public Square: A Reconsideration”, *Journal of Religious Ethics*, 31 (2003), pp. 141-149.

[125] “[E]n Europa empieza a ser normal calificar de fanática, integrista o fundamentalista cualquier actitud que postule el reconocimiento público de la religión, la invoque o la tenga públicamente en cuenta” (NEGRO, D., *Lo que Europa debe al cristianismo*, Unión Editorial, Madrid, 2004, p. 163).

[126] HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos depredados*, cit., p. 173.

[127] HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos ...*, cit., p. 174.

[128] OLLERO TASSARA, A., *España, ¿un Estado laico?*, Civitas, Madrid, 2005, p. 191

[129] “La diversidad de doctrinas comprensivas religiosas, filosóficas y morales presente en las sociedades democráticas modernas no es un mero episodio histórico pasajero; es un rasgo permanente de la cultura pública democrática. Bajo las condiciones políticas y sociales amparadas por los derechos y libertades básicas de las instituciones libres, tienen que aparecer [...] y perdurar una diversidad de doctrinas comprensivas encontradas, irreconciliables y, lo que es más, razonables”(RAWLS, J., *El liberalismo político*, trad. de A. Doménech, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1996, pp. 66-67).

[130] “Puesto que no hay una doctrina religiosa, filosófica o moral razonable compartida por todos los ciudadanos, la concepción de la justicia compartida por una sociedad democrática bien ordenada tiene que ser una concepción limitada a lo que llamaré “el dominio de lo político” y a los valores de éste” (RAWLS, J., *El liberalismo político*, cit., pp. 68-69).

[131] “Puesto que la concepción política es compartida por todos y las doctrinas [omnicomprensivas] razonables no lo son, tenemos que distinguir entre una base pública de justificación generalmente aceptable para los ciudadanos en lo atinente a cuestiones políticas fundamentales y varias bases no públicas de justificación que pertenecen a las varias doctrinas comprensivas y que sólo resultan aceptables para sus adeptos” (RAWLS, J., op. cit., p. 15).

[132] Vid. nota 103. Para la defensa del aborto libre por Ronald DWORKIN, vid. DWORKIN, R.M., “Roe in Danger”, en DWORKIN, R.M., *Freedom’s Law: The Moral Reading of the American Constitution*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1997, p. 46 ss., así como *Life’s Dominion*, cit. Para la defensa del aborto en Judith JARVIS THOMSON, vid. JARVIS THOMSON, J., “Abortion”, *Boston Review*, 20 (1995), pp. 11-15.

[133] RAWLS, J., *Political Liberalism*, Columbia University Press, Nueva York, 1996, p. 243, nota 32.



[134] HABERMAS, J., “¿Fundamentos prepolíticos del Estado democrático?”, en HABERMAS, J. – RATZINGER, J., *Dialéctica de la secularización: Sobre la razón y la religión*, trad. de I. Blanco, Encuentro, Madrid, 2006, pp. 46-47. El Estado liberal –añade HABERMAS en otro lugar- está interesado en incentivar la participación política de los creyentes *en cuanto tales* (sin obligarles a poner entre paréntesis sus convicciones); de lo contrario, se privaría a la sociedad del “contenido de verdad” y la “producción de sentido” que las tesis de los creyentes puedan poseer: “Der liberale Staat hat ein Interesse an der Freigabe politischer Stimmen in der politischen Öffentlichkeit [...]. Er darf die Gläubigen und die Religionsgemeinschaften nicht entmutigen, sich *als solche* auch politisch zu äussern, weil er nicht wissen kann, ob sich die säkulare Gesellschaft sonst von wichtigen Ressourcen der Sinnstiftung abschneidet” (HABERMAS, J., “Religion in der Öffentlichkeit”, cit., p. 137). En un sentido similar, el interesante discurso del presidente de la República francesa en San Juan de Letrán: “[...] la República tiene interés en que exista también una reflexión moral inspirada en convicciones religiosas. Primero, porque la moral laica siempre corre el riesgo de agotarse o de derivar hacia el fanatismo cuando no va vinculada a una esperanza que llene la aspiración a lo infinito. Y además, porque una moral desprovista de lazos con la trascendencia está mucho más expuesta a las contingencias históricas y finalmente a la fragilidad. [...] Todas las inteligencias, todas las espiritualidades que existen en nuestro país deben tomar parte en ello [el debate público]. Seremos más sabios si conjugamos la riqueza de nuestras diferentes tradiciones. Por eso voto por el advenimiento de una laicidad positiva, es decir, una laicidad que, siempre velando por la libertad de pensar, de creer y no creer, no considere que las religiones son un peligro, sino que son un valor. [...] Francia necesita católicos convencidos que no teman afirmar que lo son” (SARKOZY, N., “Discurso de toma de posesión del cargo de canónigo de honor de la basílica de San Juan de Letrán”, 20-12-2007; cf.: <http://www.elysee.fr/president/les-actualites/discours/2007/allocution-de-m-le-president-de-la-republique.7012.html>).

[135] Señala al respecto Andrés OLLERO: “Cuando uno se instala en la neutralidad, y se autoproclama árbitro de lo razonable, resulta fácil mantener a raya a los que pretenden imponer sus convicciones, logrando así imponer las propias sin ni siquiera argumentarlas” (OLLERO TASSARA, A., *España, ¿un Estado laico?*, cit., p. 188).

[136] MACINTYRE, A., *Whose Justice? Which Rationality?*, Duckworth, Londres, 1988, p. 321.

[137] GEORGE, R.P., “The Clash of Orthodoxies”, cit., pp. 7-8. En un sentido similar: “La doctrina secularista contiene tesis muy controvertidas sobre lo que define a una persona; tesis tan controvertidas como puedan ser las del judaísmo o el cristianismo” (“The Clash of Orthodoxies”, cit., p. 20).

[138] KELLER, Timothy, *The Reason for God*, Hodder & Stoughton, London, 2008, p. 15. En un sentido similar John POLKINGHORNE: “[T]odo el mundo, consciente o inconscientemente, tiene un punto de vista metafísico. [...] El más enérgico discípulo del cientifismo, aseverando que la ciencia es el único conocimiento real, o el más resuelto reduccionista físico, diciendo que la materia es todo lo que hay, están ambos realizando afirmaciones metafísicas [...]. Será mejor que nuestra posición metafísica sea explícita y examinada a que tenga que ser tácita e inconsciente” (POLKINGHORNE, John, “Física y metafísica desde una perspectiva trinitaria”, en SOLER GIL, Francisco José, *Dios y las cosmologías modernas*, BAC, 2005, p. 205).

[139] RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *Crisis y apología de la fe*, Sal Terrae, Santander, 1995, p. 304.

[140] Dilucidar cuándo es un argumento “religioso” es una cuestión muy debatida cuyo examen excede los límites de este trabajo. Robert AUDI, por ejemplo, distingue hasta cuatro posibles sentidos (“material”, “evidencial”, “motivacional” e “histórico”) en los que un argumento puede ser “religioso”. Vid. AUDI, R., *Religious Commitment and Secular Reason*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 69-75.

[141] “Aído: a la Iglesia le corresponde decir qué es pecado, no qué es delito” (La Nueva España, 21-04-2009, [http://www.lne.es/secciones/noticia.jsp?pRef=2009042100\\_42\\_748066\\_\\_Asturias-Aido-Iglesia-corresponde-decir-pecado-pero-delito](http://www.lne.es/secciones/noticia.jsp?pRef=2009042100_42_748066__Asturias-Aido-Iglesia-corresponde-decir-pecado-pero-delito))

[142] Vid. GEORGE, R.P., “God’s reasons”, en *The Clash of Orthodoxies*, cit., p. 68.

[143] En DWORKIN, R.M., *Life’s Dominion*, cit.

[144] La concepción racionalista de la ley moral –lo moralmente bueno es lo racionalmente identificable como perfeccionador de la naturaleza humana- es compatible con la teísta, en la medida en que se tenga a Dios por autor tanto de la razón como de la naturaleza humana. No hay contradicción entre “obrar según razón” y “cumplir la voluntad de Dios”. En definitiva, se trata de considerar –como indica George- que Dios ordena tales cosas porque son buenas para nosotros: “Muchas personas religiosas, entre las que me incluyo [...] creemos que Dios quiere que los no nacidos, los inválidos y los ancianos sean protegidos por la ley, y también quiere que sea preservada la institución del matrimonio como unión permanente y exclusiva de un hombre y una mujer [...]. Pero también creemos, no sólo que hay *razones* (independientes de la Revelación) para estas posturas políticas, sino también que son estas las razones por las que, al menos en parte, Dios desea eso” (GEORGE, R.P., “God’s reasons”, cit., pp. 64-65).

[145] FINNIS, J., *Natural Law and Natural Rights*, Clarendon, Oxford, 1988, p. 23.

[146] Para una defensa actualizada y sugestiva de la idea de Derecho natural, vid. OLLERO TASSARA, A., *El Derecho en teoría: Perplejidades jurídicas para crédulos*, Thomson-Aranzadi, Pamplona, 2007, p. 211 ss.

[147] GEORGE, R.P., “The Clash of Orthodoxies”, cit., p. 8.

[148] HAALAND MATLARY, J., *Derechos humanos ...*, cit., p. 180.

[149] RHONHEIMER, M., *Cristianismo y laicidad: Historia y actualidad de una relación compleja*, trad. de J.R. Pérez, Rialp, Madrid, 2009, p. 126.

[150] “Los cristianos y otras personas religiosas no necesitamos –y, en general, no solemos- sugerir que el aborto, por ejemplo, es incorrecto [...] porque Dios lo susurró en nuestro oído, o en el oído de un Papa [...], o incluso en el oído de un escritor sagrado” (GEORGE, R.P., “The Clash of Orthodoxies”, cit., p. 14).

[151] Sobre el tema, vid. GEORGE, R.P. – TOLLEFSEN, CH., *Embryo: A Defense of Human Life*, Doubleday, Nueva York, 2008.

[152] Datos en MIRÓ i ARDÈVOL, J., *El fin del bienestar*, cit., p. 18 ss.

[153] Datos en MIRÓ, J., *El fin del bienestar*, cit., p. 24, 26 y 185.

[154] Las curvas de divorcio, aborto, ilegitimidad (nacimientos fuera del matrimonio), delitos graves y drogadicción muestran un *ascenso* abrupto a partir de mediados de los 60, para entrar, en la mayoría de los casos, en una “meseta” a partir de principios de los 90 (por ejemplo: los nacimientos fuera del matrimonio pasaron en EEUU del 7.7% en 1965 al 32.2% en 1995; entre 1995 y 2003 sube –a un ritmo más moderado- hasta el 34.6%). Cf. datos en FUKUYAMA, F., *La Gran Ruptura: Naturaleza humana y reconstrucción del orden social*, trad. de L. Paredes, Ediciones B, Barcelona, 2000, pp. 43-68. Cf. Heritage Foundation, “The Positive Effects of Marriage: A Book of Charts”, <http://www.heritage.org/Research/Features/Marriage/index.cfm>).

[155] “No es ninguna casualidad, como solían decir los marxistas, que el rápido incremento de la delincuencia y de los nacimientos fuera del matrimonio y de la dependencia asistencial se

produjeran justo en la época en que se desarrolló la contracultura [sesentayochista]" (HIMMELFARB, G., op. cit., p. 18).

[156] Vid. datos en MIRÓ, J., *El fin del bienestar*, cit., pp. 88-89 y 146; HIMMELFARB, G., *One nation, two cultures*, cit., pp. 47-50; BLANKENHORN, D., *Fatherless America*, Basic Books, Nueva York, 1995, pp. 33, 35, 245 (n. 30); POPENOE, D., *Life Without Father*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, pp. 65-74; FUKUYAMA, F., *La Gran Ruptura*, cit., p. 116 ss.; DOHERTY, W.J. (ed.), *Why Marriage Matters: Twenty-One Conclusions from the Social Sciences*, Institute for American Values, Nueva York, 2002.

[157] Incluso la *esperanza de vida* de los hijos de padres divorciados es inferior a la de los educados en familias intactas: "La longevidad media de los hijos cuyos padres se divorciaron [...] es significativamente más baja que la de aquéllos cuyos padres no se divorciaron. [...] El viejo adagio según el cual los padres deben permanecer juntos por el bien de sus hijos puede ser más verdadero de lo que se llegó a pensar" (HIMMELFARB, G., op. cit., p. 49; cf. estadísticas en SCHWARTZ, J.E., "Sociodemographic and Psychosocial Factors in Childhood as Predictors of Adult Mortality", *American Journal of Public Health*, Sept. 1995, pp. 1237-1242).

[158] Me ocupé de la cuestión en CONTRERAS PELÁEZ, F.J., "Las verdaderas causas del fracaso educativo" (*Semanario Atlántico*, <http://www.semanarioatlantico.com/2010/04/20/francisco-j-contreras-las-verdaderas-causas-del-fracaso-educativo/>).

[159] MIRÓ, J., op. cit., p. 87.

[160] Pero comienza a haber algunos datos. Por ejemplo, un informe reciente del Instituto de Estudios del Capital Social concluye que el asesinato de la mujer es unas diez veces más probable en las parejas de hecho que en las casadas (por ejemplo, en 2005 la tasa de feminicidios fue de 0.26/100.000 en las parejas casadas y de 3.01/100.000 en las parejas de hecho). Vid. CATALÁ i SALAT, C. – GARCÍA PALOU, J., "Aportación al estudio de las causas del feminicidio de pareja", Instituto de Estudios del Capital Social [INCAS], Universidad Abat Oliva-CEU, Barcelona, 2007, p. 4 [[http://incas.uao.es/pdf/16\\_es.pdf](http://incas.uao.es/pdf/16_es.pdf)].

[161] BACHMAN, R. – SALTZMAN, L.E., "Violence Against Women: Estimates from Redesigned Survey", *Bureau of Justice Statistics*, Aug. 1995, p. 3 (citado en HIMMELFARB, G., op. cit., p. 171).

[162] DE PRADA, J.M., "Malos tratos", en *La nueva tiranía*, cit., p. 217.

[163] HAALAND MATLARY, J., "Cuestión de vida o muerte ...", cit., p. 25.

[164] Cf. WEITHMANN, P.J., *Religion and the Obligations of Citizenship*, Cambridge University Press, Cambridge University Press, Cambridge, 2002; BELLAH, R.N. – MADSEN, R. - SULLIVAN, W.M., *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*, University of California Press, Berkeley, 1985.

[165] "La investigación académica muestra coherentemente que existe una fuerte correlación entre el voluntariado asistencial y la frecuencia de la asistencia a la iglesia y/o la pertenencia a organizaciones eclesiales" (GREELEY, A., "The Other America: Religion and Social Capital", *American Prospect*, 32 (Mayo-Junio 1997). "La asistencia a la Iglesia está correlacionada positivamente con todo tipo de virtudes, tales como el éxito escolar y la implicación paterna en la educación de los hijos: [...] los padres que asisten a la iglesia invierten más tiempo en leer libros a sus hijos y en llevarles a bibliotecas" (MICKELTHWAIT, J. – WOOLDRIDGE, A., *God is Back*, cit., p. 165; cf. CNAAN, R., *The Other Philadelphia Story: How Local Congregations Support Quality of Life in Urban America*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2006, p. 160).

[166] BROOKS, A.C., "Religious Faith and Charitable Giving", *Policy Review*, 121 (2003) [<http://www.hoover.org/publications/policyreview/3447051.html>].

[167] BENJUMEA, R., “La fe mejora el mundo”, *Alfa y Omega*, 621 (15-01-2009)  
[[http://www.alfayomega.es/revista/2009/624/01\\_enportada1.html](http://www.alfayomega.es/revista/2009/624/01_enportada1.html)].